



**Carisma**
Calidad ambiental de las reservas
naturales fluviales
internacionales y del medio acuático



Los ríos de A RAIA SECA

Unión Europea
FEDER
invertimos en su futuro



COOPERAÇÃO TRANSFRONTEIRIZA
ESPAÑA - PORTUGAL
COOPERAÇÃO TRANSFRONTEIRIZA



MINISTERIO
AGRICULTURA, ALIMENTACIÓN
Y MEDIO AMBIENTE

CONFEDERACIÓN
HIDRAULICA
DEL MIÑO-SIL

ARH
NORTE

Administração da
Região Hidrográfica
do Norte I.P.





Los ríos
de **A RAIA SECA**



Edita: Proxecto Carisma e Ronsel de Ideas, SL

Texto: Xosé Benito Reza

Fotos: Xosé Benito Reza e Ronsel de Ideas

Ilustraciones: Laura Recarey Cortés

ÍNDICE

I - EL TERRITORIO	7
APROXIMACIÓN	9
ITINERARIOS	9
II.- LAS FORMAS DEL PAISAJE	15
GEOLOGÍA	18
LITOLOGÍA	23
FALLAS, FRACTURAS Y RÍOS	27
MICRORRELIEVES	31
III.- VEGETACIÓN	36
ARBOLADOS	36
MATOS Y FLORES	42
IV.- FAUNA	47
V.- LA GENTE	52



PRÓLOGO

El Proyecto Carisma (Calidad Ambiental de las Reservas naturales fluviales Internacionales del Medio Acuático) pretende contribuir a proteger, integrar y promover, a través de la cooperación internacional hispano-lusa, los recursos naturales de dos ríos transfronterizos: Troncoso y Laboreiro

El Proyecto Carisma está cofinanciado por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), en la segunda convocatoria del Programa Operativo de Cooperación Transfronteriza (POCTEP) 2007-2013. La dos administraciones con competencias en ambos ríos (la Confederación Hidrográfica del Miño-Sil y la Administração da Região Hidrográfica do Norte) suman esfuerzos para una gestión y protección común de los recursos hídricos. Fruto de esa colaboración, el Proyecto Carisma propiciará la primera reserva natural fluvial de la Unión Europea.

El trabajo coordinado entre instituciones españolas y portuguesas, junto a la colaboración de los municipios directamente beneficiados (Melgaço, Arcos de Valdevez, Entrimo y Padrenda) ha demostrado que los ríos que en otros sitios marcaban fronteras férreas son hoy puentes entre tierras hermanas que comparten problemas y esperanzas comunes. Son objetivos del Carisma:

- 1) Proteger y conservar tramos fluviales aún no alterados por la acción del hombre.
- 2) Mantener tramos fluviales representativos de la diversidad biológica que permitan su utilización como tramos de referencia en el ámbito de los objetivos impuestos por la Directiva Marco del Agua (DMA).
- 3) Alcanzar una verdadera red de corredores biológicos de índole fluvial, capaces de vertebrar los espacios protegidos parte de la Red Natura 2000.

Este libro que aquí presentamos pretende describir un entorno ambiental inolvidable, repleto de paisajes y paisanajes deslumbrantes. Esta es la radiografía de una zona que comparte una misma cultura arraiana. Aquí están condensados unos espacios fluviales de gran valor ecológico, los esplendorosos bosques ribereños, el sobresaliente patrimonio cultural que atesoran en sus inmediaciones y sobre todo un colectivo humano, de uno y otro lado de las riberas, que ha sabido trabajar y a la vez preservar una tierra única.



I.- EL TERRITORIO

El área de intervención de este proyecto está delimitada por dos ríos: el Laboreiro y el Troncoso.

Los dos son internacionales por lo que, en gran parte de sus recorridos, su gestión es compartida por Portugal y España.



El **río Laboreiro** tiene una extensión total de 29,8 kilómetros de los que la mitad (15,04) es tramo internacional. Pertenece a la tipología de los ríos cántabro-atlánticos silíceos y sirve de límite en esos quince kilómetros entre los municipios de Entrimo (Ourense), en España, y Melgaço y Arcos de Valdevez (Distrito de Viana do Castelo, Región Norte y subregión del Minho-Lima) por la banda de Portugal. Es afluente del río Limia por su margen derecha. El río Laboreiro se sitúa en el Lugar de Interés Comunitario de la red Natura 2000 denominado “A Baixa Limia”, y también en la Zona de Especial Protección para las Aves (ZEPA) así como en el Parque Natural de “A Baixa Limia-Serra do Xurés”.

La zona fue declarada de especial protección de los valores naturales por Decreto 72/2004 de la Xunta de Galicia y como Lugar de Interés Comunitario de la biorregión atlántica por la Comisión Europea el 7 de diciembre de 2004. El Parque Natural fue declarado por Decreto 29/1993 de la Xunta. Por la banda de Portugal el río Laboreiro está en el territorio del Parque Nacional de Peneda - Gerês (PNPG), que integra el SIC Serras da Peneda e Gerês, creado al amparo de la Directiva Hábitat (CE/92/43) relativa a la conservación de los hábitats naturales y de la flora y fauna silvestres, es también en la Zona de Protección Especial (ZPE) según la Directiva de Aves (CEE/74/409).

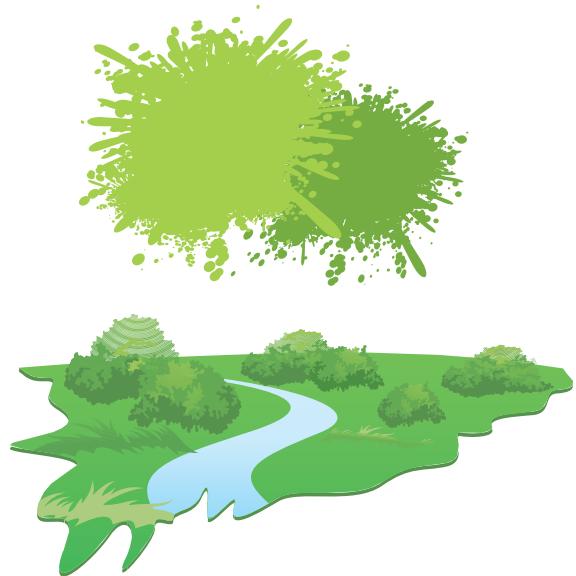
La cuenca del Laboreiro está en el corazón de la Reserva de la Biosfera Transfronteriza Gerês-Xurés, aprobada por la UNESCO con fecha de 26 de mayo de 2009. La cuenca de este río está en su mayor parte en la zona núcleo o de máxima protección de esta Reserva de la Biosfera.

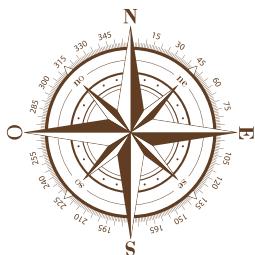
El **río Trancoso** tiene una longitud total de 13,05 kms y, exceptuando los nacientes, prácticamente todo su recorrido es tramo internacional. Pertenece a la tipología de los ríos cantabro-atlánticos silíceos y es afluente del río Miño por su margen izquierda. Sirve de límite entre los municipios de Padrenda (Ourense) y Melgaço.

Al igual que en la cuenca del Laboreiro también está incluido el territorio del Trancoso en el Lugar de Interés Comunitario (LIC) de la red Natura 2000 "Baixa Limia", y también en la misma Zona de Especial Protección para las Aves (ZEPA).

Este amplio territorio de cerca de 15.000 hectáreas, conformado por las cuencas de los ríos Trancoso y Laboreiro, limita al norte con el río Miño, al sur con el río Limia, al este con la parte gallega de la Serra do Laboreiro y al oeste con las cuencas de los ríos Mouro y Vez.

A ojo de pájaro podemos diferenciar en este territorio tres grandes áreas o paisajes singulares: El denominado Planalto, configurado por la extensa y fría penillanura donde nacen las aguas de los ríos Laboreiro y Trancoso; las proyecciones septentrionales de la Serra do Laboreiro con la honda entalladura que sobre ella construye el río Trancoso caminando hacia las vegas feraces de un país que ya es Miño; y el tramo medio y bajo del río Laboreiro y sus afluentes el Peneda y el río de A Veiga o de Gavieira, siempre en valles estrechos y rectilíneos que se desarrollan sobre un paisaje granítico y caótico muy llamativo, con domos y bollos enormes culminando los cerros.





APROXIMACIÓN

Para acercarse a este territorio, se venga de la banda que sea, existen tres pasos fronterizos: El de la Madalena o de Lindoso, al pie del río Limia por la carretera que comunica Lobios en España con Ponte da Barca en Portugal; la frontera de Ameixoeira por la carretera de Entrimo a Castro Laboreiro; y el paso entre Ponte Barxas y San Gregorio entre los ayuntamientos de Padrenda y Melgaço, respectivamente.

Puede acercarse el visitante a este territorio bien por el norte desde las tierras bajas del Miño o bien desde el sur por la riberas del Limia; sin embargo para conocer a fondo sus riquezas naturales y patrimoniales lo mejor es centrarnos en la villa de Castro Laboreiro perteneciente al ayuntamiento de Melgaço y desde aquí salir radialmente hacia los distintos lugares de este extenso e interesante territorio.

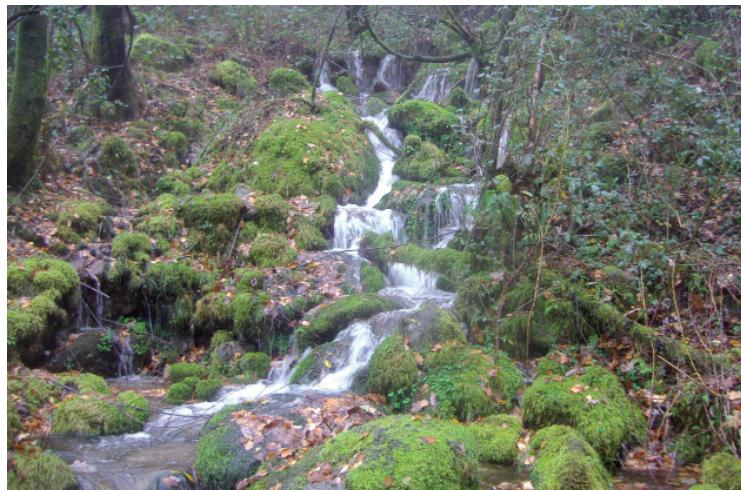
Proponemos, partiendo de la singular villa y "freguesía" de Castro Laboreiro, que en tiempos también fue ayuntamiento, hacer cuatro rutas diferentes que nos llevarán en sentidos

bien diferentes a paisajes muy contrastados y de una gran belleza y atractivo.

ITINERARIOS

Itinerario 1.- El Planalto

La villa de Castro está en las mismas puertas del Planalto, un territorio muy especial que se desarrolla por encima de los 1.000 metros de altitud y que a modo de media luna camina hacia el este hasta tocar en la frontera gallega y en las laderas del naciente de la Serra do Leboeiro. Es el área geográfica de los nacientes de todos estos ríos, la culminación en altura de todas las tierras que vienen subiendo con gran esfuerzo y mucho estruendo de aguas desde las orillas de los grandes ríos, y que luego resbala y sucumbe por las lomas de la sierra en la parte gallega.



Un mundo superior, suavemente ondulante y llamativo, desnudo y muy extenso pues aquella penillanura superior ocupa cerca de 5.000 hectáreas, siempre húmedo, frío y con nieblas perezosas en las invernadas; un mundo que secularmente fue aprovechado en régimen extensivo por sus pastos para el ganado en áreas que los moradores llamaron blandas o "verandas". Puede acercarse el visitante al museo etnográfico de Castro Laboreiro para tener amplia información de este territorio y de la vida de otrora de estas gentes rudas y fuertes acostumbradas a los rigores del clima; visitar el castillo soberbia atalaya en nido de águila en aquellas crestas graníticas tan próximas, y/o hacer alguno de los senderos o "trilhos" que se proponen para entrometerse por esta tierra agropecuaria siempre húmeda de humedales y verandas, de prados y barrocos y abedules itinerantes, de brezos y tojos y pastos y flores de primavera. **Y también puede hacer el viajero la ruta de los megalíticos para conocer *in situ* esos relictos ecológicos de tanto valor como son las turberas del Planalto con su cenefa de orquídeas y plantas carnívoras, y acercarse también a uno de los conjuntos de sepulcros o campo tumulario más impresionantes de la península,** tanto por su antigüedad (cerca de 5.000 años) como por el estado de sus sepulcros y sobre todo por el pasmoso paisaje de desnudos horizontes y vientos des-

atados en el que se clavan cerca de cien monumentos que ya fueron inventariados.



Itinerario 2.- La Serra da Peneda y el río Laboreiro.

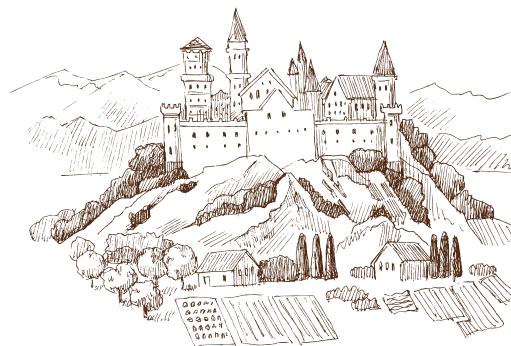
Desde Castro Laboreiro cogemos dirección norte hasta Lamas de Mouro y luego hacia el sur hasta conseguir los nacientes del río Peneda que es afluente por la derecha del río Laboreiro. De esta manera dejamos los nacientes del río Mouro, abandonamos el mundo superior del Planalto, y casi sin percatarnos a través de aquella planicie alcanzamos las fuentes del río de A Peneda. Caminamos a través de una vieja falla o fractura con cientos de millones de años de antigüedad. Muy despacio el río que aquí es arroyo comienza a precipitarse en una alocada carrera hacia las tierras bajas del Limia. Observamos grandes bloques aislados diseminados por el valle estrecho que solo, queremos imaginar, a fuerza de los hielos de hace diez mil años

resbalando hacia abajo fue quien de arrastrar, pulir, estriar y depositar allí. Pero lo que más sorprende al visitante es lo que poco después tomamos en un recodo del arroyo: el santuario mariano de Peneda, lugar de peregrinación de millares de fieles todos los años, un rincón que nos deja sin respiración en este mundo insólito arrinconado en el regazo de las montañas, un paraje excepcional sobre el cual se levanta muchos cientos de metros por encima de nuestra cabeza un domo granítico espectacular.

Siguiendo siempre aguas abajo llegaremos a la confluencia del río de A Veiga donde por un breve momento nace un universo diminuto y excepcional, domesticado, medido y trabajado durante generaciones en la pequeña vega montada sobre pizarras y arcillas de la parroquia de Gavieira, un mundo cerrado en sí mismo rodeado de montañas de piedras colosales. Y así llegamos siguiendo la carretera que va a la presa o "barragem" de Lindoso hasta los altos que nos alejan de las tierras de Soajo. Hay desde aquel alto una vista espectacular: el inmenso domo o Fraga dos Pastorinhos en el interfluvio de A Peneda con el Laboreiro, las tierras altas de las blandas de Gavieira donde asoma el monte bravo y una puntita de pinos, con el Alto da Pedrada y sus 1.416 metros que es la altura máxima del todo este territorio; las largas, empinadas y posadas laderas que descienden hacia las profundidades de nuestro río Laboreiro ya con Galicia en la otra margen; el

espectacular Monte do Quinxo de Entrimo erigido como un Olimpo punzando los cielos entre torres y castillos graníticos, y allá en el fondo, hacia el norte, la profunda entalladura del río que escala hacia el Castro Laboreiro donde crecen resguardados en las sombras silenciosas los escasos arbolados de robles, arces, avellanos, sauces y abedules. Y luego después de Paradela terminamos cruzando el Limia por la presa ya en las puertas de la fortaleza de Lindoso, que es donde ya sucumbe encajado nuestro río Laboreiro.

Puede acercarse el visitante a Lindoso y visitar el centro de información para documentarse sobre esta región, sin olvidar una visita a tan afamado castillo y al conjunto de hórreos o "espigueiros" que allí al lado están.



Itinerario 3.- Olelas y la Montaña de Queguas

Hasta ahora viajamos solamente por tierras lusas pero este recorrido nos lleva también a Galicia. Dejamos la villa de Castro Laboreiro en dirección sur, con su castillo que se levanta en las picas graníticas a mano izquierda a 1.036 mts de altitud, y seguimos las turbulentas aguas del Laboreiro que marcha a trancas y barrancas entre enormes peñascales hasta llegar al lugar de Assureira.

Son tierras dulces y cariñosas en comparación con cuanta hecatombe pétreo nos rodea por los cuatro puntos cardinales. Por esa razón acantonaban aquí las "inverneiras" de los pastores trashumantes que veraneaban en los viejos tiempos en las tierras altas del Planalto.

Después de Assureira podemos bajar hasta a los "Ribeiros": el de Arriba y el de Abaixo, que nos dejan al pie del río Laboreiro en un tramo de truchas afamadas, de brisas templadas, y de cuevas empinadas en terrazas donde ya crecen los alcornoques; o bien abandonar la región camino de la frontera de la Ameixoeira y marchar hacia Entrimo.

En esta villa veremos esa joya del barroco que es la iglesia de Santa María La Real y desde aquí podemos optar en el mismo centro del núcleo urbano por dos rutas diferentes.



Una es la que baja entre pinos hacia el sur por la carretera que va a la aldea de A Illa y que desde aquí se entromete por los adustos y soberbios paisajes de la Sierra do Quinxo para dejarnos en el lugar de Olelas: una pequeña aldea emplazada en un paraje hermosísimo y evocador sobre el río Laboreiro, colgado de la mole descomunal de la sierra en un precipicio escalofriante.

Si se quiere se puede bajar sin problema desde Olelas hasta el río Laboreiro y luego remontarlo por el sendero abierto en la margen izquierda gallega. Descubrirá el viajero amparado por el bosque de galería ribereño charcas, cascadas, pilones y formas sorprendentes cinceladas por las aguas infatigables en el costillar granítico e imperecedero de estas montañas. La segunda opción es subir por el contrario hacia el norte, hasta el lugar de Queguas, por el impresionante mirador del Pedreiriño y la diminuta ermita del Santo Cristo, y hacer la ruta que llaman de las Cortes da Carballeira, que no es otra cosa que una antigua e idílica veranda de pastores hoy abandonada y montada a la manera de los castreños de la villa de Crasto (Castro Laboreiro).



Lo que veremos ahora son las lomas suaves y voluptuosas de la que llaman a la Montaña de Queguas, la prolongación occidental de la Sierra del Leboeiro que muere allá en el norte de nuevo en el Planalto y en la raya de la frontera, en aquella desolación donde se clava otro sepulcro precioso: la Casiña da Moura, y también aquel domo gigantesco que a todos sorprende por sus colosales dimensiones: la Pena de Anamán.



Itinerario 4.- El río Troncoso y la Serra do Leboeiro

Por último, en estas salidas radiales que diseñamos partiendo de la villa de Castro Laboreiro, podemos salir hacia el norte en busca del Miño, que es ya un país que nada tiene que ver con lo que observamos y sentimos hasta ahora, siempre entrometidos por las fisuras de una tierra tan áspera y elevada. Volvemos a Lamas de Mouro y ahora vamos a visitar otro centro de información similar al de Lindoso, donde encontrar amplia información sobre las riquezas naturales de este territorio declarado Parque Nacional. Desde aquí y a poca distancia, justo donde se asienta la aldea de Alcobaça, con las tierras gallegas ya al frente, semeja que el mundo desaparece bajo nuestros pies: Desvanecen los domos y los castillos graníticos, se hunde el Planalto comido por las aguas y los vientos helados, y nace el río Troncoso.

El río es un río humilde, que en la mayor parte de su recorrido, tan rectilíneo, bulle escondido viajando por una espectacular fractura que rompe la Serra do Leboeiro por sus aires septentrionales, y que va marcando en su avance decidido la línea de la frontera.

Siguiendo la carretera que va serpenteando por este pequeño y angosto valle pasará el viajero por lugares y aldeas recogidas y nostálgicas, colgadas del agujero que abre el Troncoso, como A-da-Velha, Adeleda, Pousafoles, Cristóval y finalmente San Gregorio. Bien merece la pena acercarse a Fiaes que está allí cerca, y conocer algo de la historia milenaria y de las artes románicas de este lugar.

En San Gregorio está ya la frontera que nos lleva el Ponte Barxas o viceversa, son ya tierras bajas, acariciadas y plácidas, donde crecen los majuelos, el maíz, los frutales, los grandes fresnos de la ribera, donde ya todo huele y sabe a Miño y donde nos resulta casi imposible imaginar que allá encima, a tan poca distancia por la carretera

de Cristóval, pueda existir aquel mundo superior tan diferente y aparatoso.

Pasando la frontera puede entrometerse el visitante de nuevo por el vericuetto del Troncoso, remontando el río por la banda gallega del ayuntamiento de Padrenda, y ver con cuánta gravedad pasa el tiempo sobre las aldeas de nuestros antepasados: por Lavandeira, por la Pousafoles gallega, por las Celas de Baixo y de Riba, hasta Azoreira que ya tiene del otro lado del puente, a un tiro de piedra, la Alcobaça lusa; todas ellas explorando las piernas de la Serra do Leboreiro en su deshacerse hacia el Miño-Minho, en esta quebrada adormecida en donde se calman los vientos y las voces amplificadas van y vienen viajando durante siglos sobre una frontera imaginaria.



II.- LAS FORMAS DEL PAISAJE

Allá arriba hay otro mundo. Es el mundo superior. Y cuando hablamos de "superior" no lo hacemos sólo por la natural disposición de las tierras que se elevan hasta aquellas alturas máximas de los 1.300 metros de altitud sobre el nivel del mar, casi mil más por encima de las primeras tierras que pisamos cuando entramos en este mundo.

Hay allá, sin duda, cuando pensamos en él desde los bajos más recatados y cariñosos, algo de místico o misterioso, de ultimidad, insondabilidad e inescrutable, y también por qué no de consumación y sublimación. ¿Quién sabe?

Cada quien en su menudencia y recogimiento puede sentir aquel mundo que se abate sobre él en moles descomunales de maneras bien diferentes, pero sin duda, al pensar en aquellas extremas invisibles, donde termina la tierra y comienzan los cielos con frecuencia toldados y oscurecidos por los frentes oceánicos, sentirá en el fondo más íntimo de su corazón que detrás de los horizontes rotos por mil hendiduras verticales en precipicios escalofriantes, más allá de la voluptuosidad y grandiosidad de masas y volúmenes nunca soñados, por encima del fragor

y el estampido de las aguas bravías rompiendo y rompiendo con inusitada violencia la montaña, por barrancos y caminos, por berrocales de formas inquietantes, por caminos sinuosos que parecen llevar al fin del mundo; sentirá que detrás de todo eso, por encima de todo eso, más allá de todo eso, aunque sea difícil, casi imposible de imaginar, VIVE ALGUIEN.

Y quizás llegue a sentir emocionado esa presencia, luces centelleantes que surgen de repente como estrellas en el seno de las nubes, voces y hablas tupidas que se lleva el viento y que de vez vienen retumbando montaña abajo; una presencia intuitiva que es casi como un misterio, como un milagro, una rara concesión de la naturaleza a la raza humana en el último reducto sorprendentemente habitable

En efecto, las fuerzas desatadas de la naturaleza trabajando sin descanso durante millones de años crearon aquel olimpo o Última Thule incrustado en la raya, aquel Planalto, una penillanura que se vuelve generosa, amable y dócil en los estíos, pero también por veces cruel y despiadada en las invernadas; y donde, desde que tenemos memoria, desde que comenzamos a interpelar a las fuerzas de la naturaleza para aprovecharnos de ella, sa-

bemos que habitaron nuestros antepasados más lejanos, hace varios millares de años.

Cuando uno se acerca a este territorio siempre lo hará desde los bajos, evidentemente. Lo hará siguiendo los cursos fluviales que desde el litoral, desde los valles apetitosos y calenturosos, desde las riberas de feraces sedimentos donde se desarrollan olientes mesopotamias y donde brota el ribeiro y el albariño, van abriendo camino en esta progresión pautada hacia altas sierras y montañas que acotan los últimos horizontes del país, sea por la banda que sea. Los miñotos, ya gallegos o lusos, llegarán en esa aproximación cauta y mesurada directamente desde las riberas del padre Miño-Minho por la banda del norte; los demás comenzarán siempre su

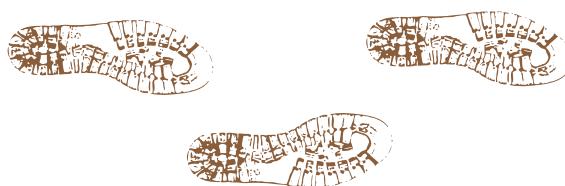
acercamiento desde las suaves aguas del Limia-Lima, por el sur, ya sea aguas arriba o aguas abajo de este río conforme a la nacionalidad de cada cual.

Accediendo de esta manera al territorio que estamos analizando, siempre por los caminos fluviales, podremos remontar el estrecho valle del río Trancoso o Trancoso directamente desde el Miño y desde la frontera de San Gregorio-Ponte Barxas. O también directamente desde el Limia siguiendo el propio río Laboreiro que nos dejará en Várzea o en Olelas, enfrentados sobre la línea de la frontera. Desde poniente, desde Portugal, la ruta de acceso remonta los valles angostos del río Mouro que nos lleva hasta Lamas de Mouro, ya en las inmediaciones de la villa de Castro Laboreiro.



O también por el valle del río Vez que, después de muchos kilómetros de caminata, siempre con la vista en los nacientes, nos llevará a la cima más elevada de todas estas sierras, al Alto de Pedrada con 1.416 mts de altitud, no lejos del diminuto mundo interior de Gavieira que ya es territorio Laboreiro. Por último una de las rutas más frecuentadas es aquella que saliendo también directamente del Limia-Lima penetra por la tierra de Soajo y, después pegando un brinco por encima de la sierra del mismo nombre, nos deja en las puertas de la Sierra de la Roca que ya es de este territorio. El acceso desde el nacimiento, desde Galicia, es mucho más limitado. Podemos acercarnos a la Serra do Leboeiro remontando desde el Limia el río Cadós de Bande, o el de A Fraga de Lobeira, o el río Pacín que nos entromete en la Serra de Queguas. Y también desde Entrimo superando las asperezas del Monte do Quinxo hasta conseguir aquel reducto último de la aldea de Olelas. Pero en este caso, como decimos, son accesos restringidos, donde por veces el asfalto cambia luego en pistas y estas en sendas de piedra que terminan por confundirse con los matorrales de tantas sierras y montes. Es lógico, porque si por la banda de poniente, de Portugal, todos los accesos y comunicaciones parecen llevarnos a aquel mundo superior y último del Planalto, y siguen obstinadamente los ríos cantarines en un intento desesperado por llevarnos al cabo del mundo; por la banda de Galicia la frontera se

levanta insolente como una muralla que nos oculta todo cuanto va y vive del otro lado; se presenta desde la distancia como un frontón aparentemente insuperable e inexpugnable, y todas las aguas, todos los arroyos, todas las pistas y las sendas por las que secularmente transitó la gente, parecen tocar y morir en aquellas alturas, en las cimas y picos del Penagache, de A Mota Grande, de Outeiro de Ferro, de Anamán, dibujando la raya por la misma divisoria de aguas; porque después, detrás, va otro mundo bien diferente, un mundo elevado y llano que ya es de otro país.



Aún así hay desde Galicia tres vías de comunicación que a lo largo del tiempo unieron las gentes de uno y de otro lado de la frontera: la de la margen derecha del río Troncoso que por A Cela y Pousafoles, enfrente de Cristóval y Alcobaça, dejaba a los miñoto gallegos muy cerca de Lamas de Mouro y de la villa de Castro; la carretera que utilizando el tajo del río Covas que separa la Serra do Quinxo de la Montaña de Queguas nos lleva directamente desde Entrimo hasta Castro Laboreiro por la frontera-aduana de la Ameixoeira, y que es la frontera sin duda más transitada por las gen-

tes de esta raya; y por último una vieja vereda que debemos traer a la memoria: el Camiño do Rodeiro, un paso que se pierde en la noche de los tiempos, porque sabemos que hace ya mil años era empleado para comunicar el Planalto con las tierras más allá de la raya, un cordón umbilical que a través de las tierras frías y montañosas del Leboeiro, de los campos tumularios, de las rocas desnudas y de las nieblas tupidas y pegajosas, unía el Castillo de Castro Laboreiro, de Sao Rosendo, con la abadía benedictina de Celanova fundada por Sao Rosendo.



Es entonces como desde allí, desde los bajos, apenas a 300 metros de altitud, marcan los ríos los caminos todos que debemos seguir para acercarnos a este país, para dejarnos en las puertas del mundo que esta-

mos a punto de descubrir. Aquel mundo superior del que hablamos antes y que se levanta casi mil metros más arriba de donde viven la mayoría de los mortales.

GEOLOGÍA

Lo primero que llama la atención del visitante, del turista, del naturalista o del curioso que se acerca por vez primera a estas tierras es la magnitud descomunal de todas formas que, de repente, sin mediar otros perfiles o volúmenes transitorios, se levantan imponentes allá al frente: montes de formas suaves y voluptuosas cortados a cuchillo por la fuerza de los arroyos; montañas de pura piedra labradas por el viento, por las aguas y por los hielos de la antigüedad; precipicios escalofriantes y pequeños valles temerosos arrumados en el corazón granítico de sierras laberínticas; ríos de plata atronando y espumando en los rugidos que van trenzando e hilando moles fantásticas de núcleo de acero... Todo cuanto ve, mire para donde mire, adquiere dimensiones impresionantes, casi estremecedoras, porque si de frente tiene la Serra da Peneda, allá hacia el naciente está la Serra do Soajo, y hacia el sur va la Serra Amarela y la Serra de Santa Eufemia, y si es capaz de proyectar la vista, no sin dificultad, hacia las cumbres que limitan aquel mundo hacia el mediodía, divisará en la distancia la silueta inconfundible de las torres ingravidas del Gerês-Xurés.



Un mundo áspero disparado hacia los cielos, capaz de humillar al más fornido de los humanos. Y sin duda, nuestro amigo, el observador, se preguntará fascinado y pasmado como y de que manera pudo construir la Naturaleza aquel baluarte o fortaleza ante la cual nadie es capaz de abstraerse ni sentir indiferencia.

Pues bien, como en esta vida todo tiene una explicación, ya que los humanos con nuestra irrefrenable curiosidad somos expertos en encontrar lo más difícil, cuentan los estudiosos que todo comenzó hace muchos años, tantos que ya pasaron, más o menos, 400 millones.

Por aquel entonces, en la era Paleozoica, se produjo una tremenda convulsión en las tierras emergidas, un paroxismo sin parangón en la historia de la Tierra que los geólogos denominan orogenia hercínica y que elevó, diferenció y compartimentó nuestro territorio.

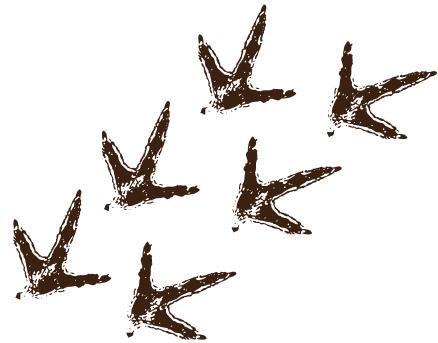
De esta manera el viejo almacén del relevo galaico quedó configurado en aquellas alejadas eras de los períodos Carbonífero y Devónico por los procesos geodinámicos internos de la tectónica de placas que definieron los grandes rasgos de Galicia y de las sierras del Norte de Portugal.

Por algo somos la tierra más vieja de Iberia, una coraza pétrea perteneciente al Macizo Hespérico que emergió del mar hace unos 500 millones de años más o menos, cuando por Castilla y durante muchos millones de años más seguirán navegando por las olas de un mar proceloso los ammonites, los trilobites y muchos otros bichos marítimos más.

Según nos cuentan los expertos en nuestro territorio perduran aún hoy las reliquias, restos o residuos, de unas superficies muy antiguas que los geólogos denominan superficies fundamentales o superficies de erosión y aplanamiento; viejos y ancestrales sillares sobre los cuales vivimos la mayoría



de los galaicos. Estos cimientos o fundamentos rudimentarios tienen su origen en la era Paleozoica cuando se registró aquel primer gran movimiento epirogénico llamado hercyniano, pero es a partir del final del Mesozoico y principios del Terciario, hace unos cien millones de años, hasta el Mioceno hace unos veinte millones de años, cuando el manto galaico fue conformándose y estructurándose definitivamente en bloques a diferentes niveles, unos escalones sobre los cuales trabajó activamente la llamada orogénesis Alpina en los tiempos en los que se abrió el océano Atlántico, una nueva y más reciente convulsión que trabajó sobre los viejos relieves ya muy destrozados del Paleozoico. Hoy todavía podemos distinguir los relieves residuales de aquellas estructuras tan antiguas, de aquellas tierras tan viejas y vetustas que nos remontan hasta el Cretácico y la época de la extinción de los dinosaurios.





Pasaron tantos años, tantos millones de años con el tiempo barriendo aquellas superficies, que el que hoy vemos y el que tiene el observador delante de sus ojos cuando remonta el río Laboreiro entre la Serra da Peneda y la Serra do Quinxo, o cuando camina por el Trancoso con la mirada fija en la alturas de la Serra do Leboreiro, son los retazos y testigos de aquellas formas que fueron demolidas y destruida por el clima tropical e infernal del Mesozoico y principios del Cenozoico, de aquellos bloques y de aquellas fracturas hercinianas que rejuvenecidas en la orogénesis Alpina marcarán ya definitivamente el discurrir de la red de drenaje de todos estos ríos.

Este país, tan viejo y cristalino, surgido del plutón o magma cristalizado de los vulcanistas, hace tanto tiempo que mismo da escalofríos sólo pensarlo, fue organizándose sin prisas pero sin pausas en la hecatombe geológica de estridencias inimaginables, de erosiones, desgastes, arrastres y transporte de toneladas de material hacia el fondo de los valles; y así lo que tiene hoy el observador delante de sus ojos es el resultado del trabajo descomunal de los glaciares del Cuaternario, de los ríos que nacieron a cuenta de la extraordinaria pluviosidad de estas áreas de montaña, que fueron desmembrando y aniquilando aquellos viejos bloques elevados, aquellas

superficies de aplanamiento que había generado la tectónica de placas hace tantos millones de años. Aun con tanto cambio y tanto trabajo en el desmantelamiento de las viejas superficies que hoy son casi irreconocibles, nuestros geólogos diferencian en esta área cuando menos tres niveles o antiguas superficies de aplanamiento: un primer nivel somital o superior muy antiguo, de más de cien millones de años, que está entre los 1.100-1.300 mts donde se clava el Planalto do Laboreiro y la parte más elevada de la Serra do Soajo, un segundo de edad cretácica muy extenso entre las cotas de 800-1.100 metros de altitud que ocuparía la Serra da Peneda, la parte occidental del Planalto donde está la villa de Castro Laboreiro, una gran área de la Serra do Leboeiro en su proyección gallega hacia las tierras de Vere y Bande, la Montaña de Queguas y la parte más elevada de la Serra do Quinxo; y un tercero entre los 600 y los 850 mts que se formaría entre el Cretáceo superior y el Eoceno Medio, muy des-



mantelado e incidido por la red fluvial, con algunos relevos residuales en la Serra do Quinxo, en el Monte Redondo del ayuntamiento de Padrenda en la cuenca del Trancoso y en Fiaes ya en los derrames septentrionales del Laboreiro hacia el Miño.

Sobre estos viejos bloques, sobre aquellas superficies allanadas trabajaron los hielos y los ríos incipientes, caminando por el sistema de fallas y fracturas que partía y organizaba aquellas masas ingentes; abriéndose paso tenazmente, obstinadamente, royendo la piedra al descubierto, triturando granitos y esquistos, guijarros y granodioritas, puliendo y destrozándolo todo cuanto había osado obstruir su paso. Y así, a lo largo de los eones y a una escala de tiempo que se nos escapa pues nos traslada a eras de cuando el ser humano ni siquiera se contemplaba en los azarosos y siempre complejos proyectos de la naturaleza, se fueron montando y construyendo los paisajes que hoy vemos, que hoy contemplamos sorprendidos.

Porque sólo de esta manera, pensando en un tiempo casi infinito, podemos llegar a comprender la génesis de toda esa multiplicidad de formas que se levantan imponentes ante nosotros, tanto caos y tanta hecatombe pétreo, tanta diversidad y tan variados paisajes, esa red intrincada

y laberíntica de arroyos que compartimentan el territorio, tantos escondidos y alejados lugares donde un día, asombrosamente, fuimos capaces de llegar hasta ellos, de colonizarlos y de dominarlos. Teniendo siempre presente que todos esos procesos siguen y seguirán mientras el mundo siga siendo mundo, aunque nosotros ya no estemos en él.

LITOLOGÍA

Pero además de todo esto, de las consecuencias de la tectónica de placas, de los procesos epirogénicos, de los movimientos de la corteza terrestre, hay otro factor clave que nos ayuda a interpretar estos paisajes: la litología y la erosión diferencial; porque sin duda estamos en un territorio muy especial, con una morfología paradigmática y única.

En efecto, independientemente de los valores de la biodiversidad, de la flora y de la fauna, y también de los muchos valores etnográficos y culturales que atesora este territorio, hoy declarado Reserva de la Biosfera por la UNESCO, **si hay algo que admira, que sorprende y sorprende a todo cuanto se acerca a estas tierras es su morfología, la magnitud de los volúmenes y de las formas que aquí podemos encontrar, su monumentalidad.**

No resulta fácil imaginar aquel paroxismo de los tiempos paleozoicos, cuando la tierra comenzó a vomitar desde las profundidades ardientes del planeta aquellas masas inmensas de magma que brotaron a superficie en esta área geológica llamada de Galicia-Tras-os-Montes.

Un plutón granítico que luego sufrió las convulsiones y el paroxismo de la orogénesis hercínica que movió, deformó y desenraizó muchas de aquellas enormes y pesadas masas, generando a su alrededor una aureola de elevado metamorfismo muy patente en las partes más elevadas de la Serra do Leboeiro y en las largas y dilatadas laderas gallegas de esta sierra, que es donde afloran los materiales más hondos del dominio esquitoso de esta región, así como una intensa migmatización con abundosas inyecciones graníticas que ocupan una gran área que extiende por la banda gallega hasta la villa de Celanova y de Bande, y que semejar ocupar los domos de la tercera fase de aquel plegamiento hercínico.

Por todo esto y excepto una banda de unos cinco kilómetros de ancho emplazada en las cumbres de la Serra do Leboeiro, allá dónde afloran esquistos con guijarros resultado del metamorfismo local sobre sedimentos preexistentes y que tienen una importante intrusión de granito de anatexia localizada entre las cumbres del Penagache y de As Chedas, y también con la excepción de otra estrecha banda de esquistos que se extiende

desde el curso bajo del Laboreiro hasta el valle de Gavieira, el resto del territorio, todo este mundo que analizamos, está dominado por los granitos, por una roca que aquí se presenta en toda su opulencia y diversidad.

En efecto. Porque aunque estemos hablando de una sola roca los expertos diferencian aquí varios tipos: un granito llamado sintectónico perteneciente a la tercera fase del plegamiento hercínico; un granito de tipo nodular con megacristales y biotita en el Planalto, otro diferente en las zonas en contacto con los esquistos de Leboeiro, otro de grado medio y de dos micas por la banda de Lindoso y de los lugares de Várzea y Olelas, y otro granito más en el curso medio del Leboeiro cerca de Ameixoeira; cada uno con su especial textura y composición mineralógica.

En general y para esta zona, excepto como ya dijimos en la parte gallega de la Serra do Leboeiro, allá en la raya alta, los expertos nos hablan de una importante presencia de los llamados granitos posttectónicos, una intrusión magmática aun relacionada con la orogénesis hercínica que incluye también a los granitos del Gerês, y que ocupan casi toda el área que va desde Gavieira hasta Lamas de Mouro y Castro Laboreiro. Se trata de granitos porfiroides y biotíticos, que se alteran más fácilmente que los otros granitos alcalinos y moscovíticos.

Todo esto quiere decir que si al resultado de la tectónica añadimos todas estas diferencias litológicas y estructurales, y aplicamos luego la influencia del clima y de los agentes atmosféricos, del hielo, del agua y del viento, en dos procesos que denominamos meteorización y erosión diferencial, necesariamente en cada uno de estos lugares, en cada pequeña área de esta región, nos encontraremos, luego de millones de años, con formas y paisajes muy diferentes. Porque nadie duda de la gran importancia que los hielos de las últimas glaciaciones tuvieron en esta región, y si no encontramos aquí claras manifestaciones de glaciario como puede acontecer en los circos glaciares de Os Carrís allá en las cumbres del Gerês, en el valle del río Homem y del río Caldo, en las lagunas de Coucelinho o incluso en el valle en forma "U" del río Vez, aquí, excepto excepciones como el circo de Ramisquedo en Gavieira, sí que es muy evidente el trabajo periglacial en todas estas masas y montes, señaladamente en las partes más altas de las sierras de la Roca, Soajo y Amarela.

Además de aquellos hielos y fríos extremos de la antigüedad, que fueron puliendo y estriando aquellas grandes superficies, con desplazamiento de bloques erráticos y la creación de "borrageiros", también estuvo lloviendo durante millones de años, una eternidad, y también helando. **Debemos tener en cuenta que estamos en una de las áreas de mayor**

pluviosidad de Galicia y de Portugal, quizás incluso de Europa, con muy fuertes y abundantes precipitaciones que pueden llegar a superar los 2.500 litros por metro cuadrado (en Peneda se recogieron 2.675 mm), un auténtico diluvio ocasionado por el efecto barrera de todas estas tierras al batir contra ellas las masas de aire caliente y húmedo que vienen de poniente, al clavarse contra estas montañas y como primer obstáculo las frentes atlánticas que viajan cargadas de agua.

Un agua que en sus múltiples manifestaciones, trabajando y puliendo todas estas superficies desde el Cuaternario, alterando tanto mecánica como químicamente todos estos granitos, es por derecho propio el principal agente modelador de todo este territorio.

Debemos pensar en aquellos viejos bloques o superficies de aplanamiento y de cómo todos estos agentes los fueron desmantelando y royendo sin descanso, y de cómo, según el tipo de suelo y la respuesta de la roca madre, se fue modelando el paisaje.





Así por ejemplo, el Planalto, instalado fundamentalmente sobre granitos, fue dismantelado sin duda por los viejos hielos creándose en esa zona, donde los ríos más que ríos son pequeños arroyos y regatos incipientes, sin fuerza a penas para abrir trocha, uno "plateau" o cubeta que funciona como cuenca de recepción y de alimentación de las fuentes del río Laboreiro y del Trancoso, y también de los ríos gallegos como el Cadós, el Grou o el Pacín que llevan dirección meridiana hacia el Limia, una penillanura que cuenta con una densa red de fallas y fracturas cruzadas que acabarán por canalizar todas esas aguas. El Planalto es pues un claro ejemplo de drenaje radial modelado sobre granitos, sobre una superficie aplanada y suave devastada y degradada en épocas glaciares, que funciona como un esparcidor de aguas en todas las direcciones. Este altiplano en su génesis es similar a otros macizos elevados sobre

substrato granítico que existen en el mundo, como el gran Plateau de Labrador, el Macizo de Dartmoor en Devon o el Dana Plateau en la Sierra Nevada de California, restos todos ellos de antiguas superficies de aplanamiento que fueron dismanteladas y corroídas por los glaciares, la actividad crionival y las aguas de aluvión. Formas suaves y tendidas que por la banda gallega de la Serra do Leboeiro fueron labradas sobre esquistos.

Por encima de estas llanuras turbosas, destacando en la distancia de humedales y verandadas, yerguen los impresionantes domos, bornhardts, hacinas o cúpulas residuales, como la Pena de Anamán, una roca que por su altura, envergadura y majestad, un mazacote de pura piedra con esos taludes verticales casi rectilíneos, clavada en aquella soledad e inmensidad del Planalto, más que piedra parece el producto onírico de algún sueño atormentador.

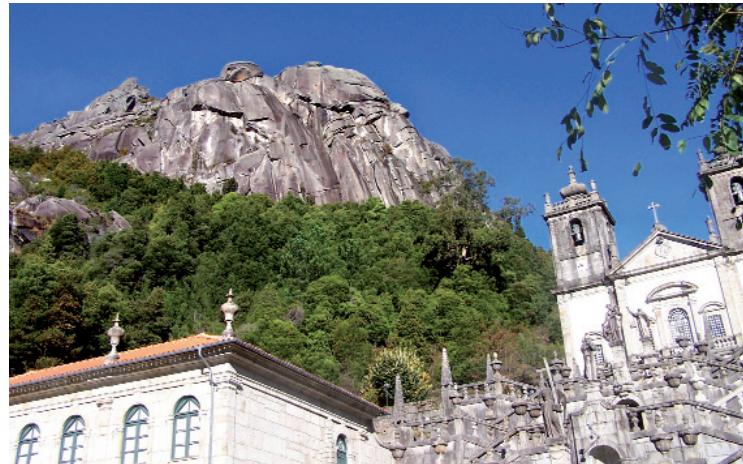


FALLAS, FRACTURAS Y RÍOS

Si abandonamos aquel mundo superior de las viejas superficies de aplanamiento, del Planalto y de las cimas de las sierras, la tierra semeja hundirse bajo nuestros pies. Es la grandeza de todo este territorio, la rica variedad y variabilidad de sus formas, de los micropaisajes que a cada paso que damos nos dejan estupefactos y maravillados. Porque en efecto tan en seguida como dejamos la villa de Castro Laboreiro, justo allí mismo, al pie del viejo puente que salva nuestro río en una única y grácil arcada, toda la composición montuosa y orográfica parece venirse abajo. Se abre la tierra, parte la montaña, y las aguas comienzan una carrera alocada a través de hendiduras escalofriantes que van al encuentro del gran Limia, un río que viaja de forma mansa, suavemente, dominado, setecientos metros más abajo.

Para entender estas cosas, del porqué de la aparición de estos aparatosos valles cortados a cuchillo, con precipicios escalofriantes de cientos de metros, resbalando desde aquellos domos y macizos graníticos aparentemente irreductibles, sobre el santuario de Peneda, por encima de los lugares de Gaveira, o de las aldeas de Ribeiro, de la de Várzea o de Olelas, tenemos que considerar todo cuanto dijimos antes y otras cuestiones que ahora vienen al caso: las fallas tectónicas, las viejas hendiduras y fracturas por

donde partieron y bascularon aquellos bloques del Devónico en la orogénesis hercínica y que luego volvieron a reactivarse en la última orogénesis alpina del período Neógeno. Y también por último, el peculiar sistema de fracturación de la roca madre, de todos estos granitos, esas fisuras y cicatrices que los estudiosos llaman diaclasas.



Si en un principio aquellos regatos incipientes, aquellas aguas del Planalto divagan desde las fuentes sin grandes pronunciamientos entre lagunas estacionales, entre humedales y turberas, por el "plateau" superior comido por los hielos de los glaciares, a poco que la tierra comience a inclinarse también las aguas de los ríos y arroyos comenzarán a procurar con fruición las viejas fallas y fracturas que rompieron y compartimentaron el territorio hace cientos de millones de años.



Esta red de fracturación de origen tectónico tiene una enorme importancia en la configuración de la red hidrográfica actual, señaladamente en la del río Laboreiro, definiendo su jerarquización fluvial y la dirección del discurrir de las líneas de agua que incidieron y seccionaron el territorio siguiendo estas líneas de fractura. De esta manera la red fluvial, aprovechando las diaclasas del granito como áreas de debilidad estructural en el enorme macizo,

fueron modelando poco a poco pero sin pausa las viejas superficies de aplanamiento, los interfluvios y los valles angostos por donde comenzaron a precipitarse las aguas del Planalto.

De esta manera la red del río Laboreiro cortó y demolió la extensa superficie de aplanamiento que se extiende desde poniente en la Serra do Soajo con los altos de Pedrada (1.416 mts) y Bragadela (1.359 mts) hasta la Serra da Peneda y la Serra do Quinxo cuyas cimas, pese a estar muy alejados por la enorme hendidura que aprovecha el río Laboreiro, marcan ampliamente al viejo nivel de aplanamiento: apenas 25 metros de diferencia entre el Alto do Quinxo a 1.166 mts en la parte gallega y los 1.141 mts en lo alto de Agua Santa por la banda lusa.

La importancia de la fracturación en la definición de la red fluvial resulta tan evidente que se extiende por toda la región, mucho más allá de la propia Roca y del Leboeiro. **En efecto, en nuestra área los ríos más importantes abren enormes gargantas con precipicios de varios cientos de metros de caída con trazados muy rígidos y rectilíneos y con perfiles transversales en "V" muy aguda, siempre fieles a esas líneas de fallas tectónicas por donde aplastaron las grandes piedras**, cedió la montaña y quedaron los enormes domos al

descubierto. Así los tres ríos principales de este territorio siguen la dirección de las líneas de fractura que siempre van de Norte a Sur, tendiendo en general al sentido NNW-SSE o NNE-SSW. Esta última es la dirección que sigue tanto el propio río Laboreiro como sus afluentes principales: el Peneda y el de A Veiga, cursos que aunque evidentemente terminarán por juntarse, durante mucho tiempo de su recorrido discurren paralelamente siguiendo la tendencia general de la fracturación.

Y también siguen ese sentido de norte a sur muchos otros ríos de la región además de los de la bacía del Laboreiro: el propio río Trancoso y el río Deva que caminan hacia el norte en la búsqueda del Miño, casi todos los arroyos y riachos que se precipitan desde las alturas del Xurés hacia el Limia de Viana do Castelo o por las laderas del Gerês hacia el río Cávado de Braga y Esposende; el río de A Fraga o de Grou en tierras de Lobeira, el río Covas allá en los nacientes próxima a vieja aduana de la Ameixoeira, y también el tramo alto del río Pacín o de la Montaña de Queguas que sigue una falla de libro cuando acribilla la raya camino de los altos máximos del Planalto, allá en la Mota da Cabreira a 1.338 mts de altitud, cota que nos marca, una vez más, el nivel o último escalón de aquel viejo y desmantelado bloque del Mesozoico.

Los ríos son tan fieles al sistema de fracturas que incluso varios cursos pueden compartir una sola falla saliendo cada uno disparado en sentido contrario.

Este es el caso paradigmático del río del Gerês y del río Caldo, entre Caldas do Gerês y Riocaldo de Lobios, de uno y de otro lado de la gran sierra que salta sobre esa enorme hendidura. Y también en nuestro caso en las fuentes del río Mouro, que comparte la misma falla con el río de Peneda, sin desviarse un palmo de ese alineamiento NNE-SSW que con tanta terquedad dirige los ríos de esta región.

Si todo esto está ahora tan claro, y resulta tan evidente el forzado y rígido transitar de nuestros ríos principales por las viejas fallas, tanto o más evidente resulta la disposición de la red secundaria de regatos y arroyos, porque ahora la fracturación del granito, la disposición de las llamadas diaclasas de esta roca dominante, obliga a la mayor parte del tributarios del Laboreiro y de los demás ríos, independientemente de la dirección de la pendiente y de la morfología del terreno, a mudar súbitamente de dirección, llegando en muchos casos a juntarse en ángulos rectos de casi 90°. En efecto, tal y como se sabe la fracturación del granito es ortogonal, estando en general bien "diaclasados", de manera que la roca rompe en bloques cúbicos o paralelepípedos que siguen esas cicatrices ortogonales o perpendiculares. Como resultado

de esta debilidad estructural el agua aprovecha esas fisuras para escurrir, y a medida que la meteorización y la erosión progresan las hendiduras van convirtiéndose en canales o líneas preferentes de drenaje, que con el tiempo, mucho tiempo, terminarán por que se asocie la red hidrográfica principal de la cuenca.

Esto es precisamente lo que pasa en nuestro territorio, porque allá en el Planalto, tal y como explicamos, o en los suaves lomos de la Serra da Peneda y de la Serra do Quinxo, el patrón de drenaje es radial, y los arroyos se extendían en todas las direcciones en movimiento circular, reflejando la topografía cómica de la zona y la debilidad del sistema de diaclasas, con formas que tienden a resolverse en estos domos o cúpulas de pendientes suaves. Y cuando los ríos principales comienzan a devastar las viejas superficies de aplanamiento, cuando la sierra rompe y abre y todo se precipita hacia abajo, los arroyos aprovechan esas fracturas ortogonales, fuertemente inclinadas del granito, generando un patrón especial de drenaje de tipo angular u ortogonal, que se ajusta y adapta a la geometría exacta de esas diaclasas.

Esto es entonces lo que vemos en estos paisajes porque fue justo lo que pasó hace tanto tiempo (y sigue pasando): el río de A Veiga que viene abriéndose paso desde la Bouça dos Homens hasta el dulce valle de Gavieira, de repente da un giro brusco hacia el este haciendo un arco

perfecto de 90° para confluir con el río Peneda en Tibo, y desde allí marchar justos ya en esa dirección hasta desaguar transversalmente y también en ángulo recto en el río Laboreiro. Y lo mismo pasa allá en el Ribeiro, que sigue una falla ortogonal que también aprovecha el río de A Illa en su viaje hacia el Limia. Y de la misma manera acontece en una multitud de pequeños regatos de toda esta red hidrográfica, o en la red que baja transversalmente desde el Gerês al Cávado sobre el mismo sustrato granítico.

Otra cosa bien diferente sucede con los grandes ríos de la región, con el Miño, el Limia o el Cávado; que van todos ellos caminando ceremoniosamente hacia poniente, hacia aquel Atlántico que comenzó a abrirse en el Jurásico, sin atender a esas líneas de fractura que parten y dividen el territorio de norte a sur. Estos ríos de fama, tantos grandes y orgullosos ríos como los gallegos de la cornisa atlántica, caso del Ulla o del Léz, o incluso del Duero, cuando se encontraron con las estructuras de la cadena varisca formada en la citada orogénesis hercínica hace más de 300 millones de años, no tuvieron más remedio que cortar transversalmente estos enormes macizos graníticos, hasta que terminaron por encajar en ellos; basta con ver la situación de nuestro Limia entre los grandes macizos del Xurés y del Leboeiro. Un proceso que aún hoy continúa como respuesta al levantamiento isostático de la corteza terrestre y al descenso del nivel de base marino.

A resultas de tanta aparatosa demolición surgen todos estos valles fuertemente encajados, tan inclinados, cerrados y recogidos, donde la luz tibia del invierno apenas acaricia los gigantescos domos graníticos. Durante el invierno es tanta la precipitación que en los valles se escucha con frecuencia el fragor de la batalla entre el agua y la piedra, atronando todos aquellos caminos, escurriendo todos aquellos arroyos por las hendiduras de esta tierra con un enorme potencial erosivo de abrasión, de corrosión, de arrastre y transporte. Un proceso que va desmantelando de manera casi imperceptible para los tiempos de una vida humana toda la composición orográfica. Hay cascadas donde se refleja la violencia extrema de los arroyos de la montaña, aluviones donde las aguas en sus primeros estadios despliegan toda su fuerza mecánica en el vano intento por conseguir eso que se llama perfil de equilibrio, arrastrando y desplazando grandes y pesados bloques graníticos que caen desde las alturas.

Y cuando todo se calma, durante los estíos, donde muchas de estas aguas de carácter estacional desaparecen por debajo de una espesa capa de cantos, gravas, guijarros, cascajos y grandes rocas aisladas clavadas en el medio del lecho fluvial, aun continúan las aguas hiporreicas y las del subsuelo su trabajo nunca terminado de meteorización y disolución química del granito, creándose

esos pilones, marmitas de gigantes y cascadas que tanto reclaman nuestra atención en el río Laboreiro.



MICRORRELIEVES

A estas alturas es evidente que estos paisajes, tan contrastados y diferentes, con tanta diversidad y variabilidad en las composiciones y en las formas, confieren a este territorio una espectacular, sobria e incomparable belleza: desde el Planalto o "plateau"; desde la Serra do Leboeiro gallega montada sobre esquistos donde los perfiles se suavizan con una sucesión de cerros alomados con lentos declives hacia los valles; desde las penillanuras esculpidas por los hielos y las nieves periglaciares pasando por los domos y las enormes masas

graníticas de aquel plutón emergido rompiendo con frecuencia un sin fin de quebrados horizontes, hasta los profundos y angostos valles de una red intrincada de arroyos.

Pero la Naturaleza muestra aquí, para mayor grandeza de esta tierra, otras formas y morfologías menores, pero no por eso menos grandiosas como resultado del trabajo de los eones sobre estos macizos graníticos.

Nos referimos a los relieves residuales que quedaron localmente como resultado del trabajo de las aguas y de millones de años avasallando estos paisajes.

En efecto, sabemos que el granito es una roca muy resistente en condiciones secas, pero ya vimos que también es muy fácil de alterar cuando está en contacto con el agua, y aquí ya dijimos que llueve todo cuánto se quiera y más. Y si tenemos en cuenta además la distinta respuesta de las rocas según su composición frente a la erosión, la aparición de capas duras y resistentes frente a otras más débiles y delectables, al tipo especial de fracturación del granito y su diferente alteración frente al ataque de los meteoros, y la disposición y localización de todas estas masas en el conjunto del terri-

torio, es obvio que en cada pequeño solar, alrededor de nuestras aldeas y lugares, o alejados en los parajes más aislados y silenciosos, podremos observar pasmados desde la distancia, como las rocas, las cumbres de las sierras, los declives y saltos, adquieren formas caprichosas de una plasticidad infinita; perfiles y siluetas, contornos, luces y sombras que de vez en cuando, en aquel aparente caos producto de las fuerzas de la naturaleza sobre los huesos de la Tierra habíamos querido intuir la presencia de una mano consciente y hábil, que por insospechadas razones se puso un día a labrar y a esculpir las rocas de O Quinxo, de A Peneda y del Leboeiro.



Pasó tanto tiempo desde que aquellos primeros magmas asomaron a la superficie terrestre que paso a paso, muy lentamente, el agua de la lluvia y de los aluviones fue trabajando de tal manera las fracturas y discontinuidades del

granito que, mientras tierras duras y arenas eran arrastradas ladera abajo, aquellos bloques enterrados, perfectamente escuadrados, fueron perdiendo sus angulosidades, fueron rompiendo y suavizando, desgarrándose poco a poco de la matriz en la que estaban inmersos, hasta que un día asomaron como un milagro a la luz de sol de las cumbres, coronando domos y cerros, brotando en las coronillas, o esparcidos anárquicamente por los comidos relieves de los altiplanos cuando aún no había ningún ojo humano para contemplarlos.

Y así surgieron todas estas formas:

- Bloques y rocas de origen epigénico, como los bloques erráticos que arrastraron los glaciares, o aquellos que proceden de la descamación de los domos, hacinas o cúpulas y que se pueden presentar en grandes piedras arqueadas e inclinadas con presencia de tafoni sobre los flancos de los macizos como acontece en O Quinxo o bien redondeados e incluso rotos en la base de los taludes.
- Castillos, "borageiros", cabezos o *castle koppies*, conjuntos de bloques aislados y acastillados de paredes muy inclinadas, no demasiado extensos, donde el granito presenta fracturas ortogonales masivas que se desarrollan verticalmente. Aparecen en general en zonas culminantes como en el Alto do Penagache que do-

mina toda la Serra do Leboreiro por la banda gallega. Son micro-relieves que van enraizados en el macizo granítico y que en muchos casos rompen la monotonía de los modelados alomados o de las superficies de aplanamiento. Su origen se debe a las condiciones frías del ambiente, del hielo y deshielo e incluso de la acción de los glaciares locales sobre pequeños *nunataks*.



- Crestas. Relacionadas con la red de fracturación tectónica por la que escurrieron primero los glaciares y luego los torrentes de montaña. El intenso trabajo de erosión y luego de evacuación de los detritus a través de la red hidrográfica dejó en las área de interfluvio, en la confluencia del arroyos, relieves residuales a modo de crestas que se levantan enfiladas cientos de metros

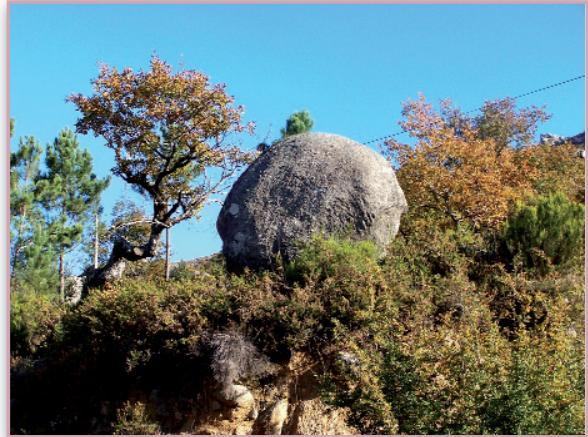
por encima de los valles, caso por ejemplo el del Castelo de Castro Laboreiro.

- Torres. Como su nombre indica son formas piramidales, picos agudos o *horns* muy pronunciados que destacan por encima del nivel general del macizo granítico. Se deben a la explotación de rocas con fracturas verticales o casi verticales muy bien desarrolladas. En general se producen por la acción de la escarcha, de las nieves y de los hielos, torres paradigmáticas como las del Xurés.



- Bollos, “pedras cabaleiras” o *tors*, rocas penitentes, dorsos de ballena, etc. Son bloques fuertemente trabajados y explotados por la persistencia de la meteorización. Su morfología dependerá de la densidad del sistema de fracturación y de la consistencia de la roca, de tal

modo que los bloques pueden permanecer *in situ*, o en equilibrio precario unos sobre otros dando origen a las “pedras cabaleiras”, adoptar formas que se asemejan a personas, objetos o animales, asomar del suelo a modo de grandes lomos como si allí hubiese estado enterrada una ballena o simplemente presentarse como simples bollos o esféroides procedentes de la alteración de aquellos bloques cúbicos originales.



TTodas estas formas, relieves y microrrelieves, todos estos castillos, tors, “borraxeiros”, bloques, crestas, bollos y “pedras cabaleiras”, todo este enorme batolito granítico que se extiende inabarcable durante tantos kilómetros, desde las faldas septentrionales de la Serra do Leboeiro hasta el desagüe natural del río Laboreiro, pasando por el Planalto,

por la montaña de Queguas, por la Penagache, por la Serra do Quinxo y la Serra da Peneda, con tantos y tantos pequeños valles dónde la tierra abre por un momento para

que sea doblegada por las gentes, confieren a este territorio una rusticidad y sobriedad, una personalidad y singularidad, únicas, y de una enorme belleza.



III.- VEGETACIÓN

(NOTA: Los nombres entrecorriados son las denominaciones de las especies en portugués)

ARBOLADOS

Estamos en una tierra de campos, de yermos y baldíos, de rebaños y ganado extensivo. Por esa razón, por el secular sistema de aprovechamiento de las tierras eminentemente agropecuarias, no son muchos los bosques o arbolados que podemos encontrar en este territorio. Los que sobreviven lo hacen lejos de las altas blandas donde los desbroces del mato y el empleo cultural del fuego para mantener los pastos de altura, junto con el intenso y continuado pastoreo, mantuvo a raya el ecosistema en sus primeros estadios, evitando su evolución hacia formaciones más maduras y heterogéneas. Si a todo esto añadimos la dureza del clima, la naturaleza de los suelos muy poco evolucionados al situarse en muchos casos en zonas de fuertes cuevas, sometidas a intensos procesos erosivos, clavados directamente sobre la roca madre, y también la que en otros casos como acontece en el Planalto son frecuentes los suelos ácidos de naturaleza higrófila, de drenaje impedido y una gran humedad, tenemos que concluir que los bosques o masas arboladas de estos territorios tienen una presencia testimonial, muy limitada y resi-

dual. **La grandeza de las tierras que nos acompañan, su estética y carácter, al contrario del que puede acontecer en otras áreas protegidas de la península, no radica precisamente como ya explicamos cuando hablamos de la hiel en la extrema belleza y extensión de sus bosques o de la cobertura vegetal que ampara a las sierras, sino precisamente en todo lo contrario: en la grandiosidad y magnificencia que le confieren al territorio esos inmensos espacios abiertos, esos volúmenes y formas gigantes, esas enormes masas y macizos graníticos desnudos sometidos a los avatares del tiempo y de los fenómenos meteorológicos,** ese manto esmeraldino de los pastizales sudorosos, en donde es frecuente el espejar de lagunas estacionales y granitos centelleando al sol del mediodía.

Por todas esas razones las masas boscosas de esta zona se recluyen en las áreas más arrinconadas, al refugio de los fuegos famélicos y el diente incisivo de los animales, que siempre, desde milenios, acompañaron a las gentes en estas extremas del país. Y es precisamente al lado de los ríos que recorreremos, en las encañadas hondas y oscuras más abrigosas, allí donde apenas llega la luz del invierno, el lugar

donde los árboles encuentran los lugares más querenciosos y amables, acordes con sus requerimientos y necesidades vitales.



Remontando el Laboreiro, justo en el interfluvio con el río de A Peneda, y también por la banda de Olelas allí donde toda la mole pétreica se viene abajo por la potencia devastadora del cincel acuático, surgen las masas arboladas más significativas. Son los robledales mixtos de roble y rebollo, de "carvalho alvariño e negral" (*Quercus robur* y *Quercus pyrenaica*). Y también encontramos alguna mancha de importancia en A Peneda, y otras más pequeñas y fragmentadas desde el Ribeiro de Baixo y límite con Galicia siguiendo aguas arriba hasta llegar a las cercanías de la villa de Castro Laboreiro. Aunque no pertenecen a esta bacía del Laboreiro también hay algunos arbolados significativos en los nacientes del río Mouro, siguiendo

la misma falla de A Peneda hasta Lamas de Mouro. Por último, alrededor de los prados y barrizales del Planalto, a ras de los vallados, conformando setos limitantes en las heredades de los castreños, o remontando los regatos que recorren radialmente el Planalto, siempre en aquel mundo superior y frío que orla la villa de Crasto; aparecen otros robledales, más menudos y reducidos, donde dominan los rebollos o "carvalhos negrais" en íntima comunión con los abedules.



Nestas masas de carballos, nestas formacións zonais da etapa final climácica, máximos expoñentes da vexetación de frondosas caducifolias autóctonas, diferenciamos dous tipos de asociacións: as carballeiras oligotróficas do chamado piso colino desta biorrexión atlántica ou eurosiberiana, e as

carballeiras oligotróficas do piso montano que ocupan un nivel superior.

Las primeras son las típicas de las zonas bajas de valle, ocupando los tramos medios e inferiores de los ríos en su alocada carrera hacia el Limia o hacia el Miño, a una cota que no supera los 700 metros de altitud aproximadamente. Son los robledales típicos del llamado sector galaico-portugués de *Quercus robur*, esos bosques en las que identificamos nuestra naturaleza llegada a su máxima expresión. Pertenecen a la asociación *Rusco aculeati-Quercetum roboris* porque es frecuente que vaya acompañada en el sobosque con el rusco o acebo menor (*Ruscus aculeatus*). En las zonas más bajas, en la inminencia de las riberas de los grandes ríos, aparecerán en estos robledales colinas con otros elementos más termófilos, más propios del mundo caliente y seco de la biorregión mediterránea, como son los madroños o "medronheiros" (*Arbutus unedo*), los laureles (*Laurus nobilis*), e incluso los olivos (*Olea europaea*) tan abundantes en el país luso pues segundo cuenta la leyenda negra en Galicia fueron mandados cortar por orden de los Reyes Católicos en el siglo XV para evitar la competencia con el aceite de las regiones meridionales de España. Y también aparecen en estas áreas mediterráneas de baja altitud muchos alcornoques (*Quercus suber*) que es frecuente acompañen al visitante en sus primeros pasos camino de la sierra, y otras especies me-

nores como el trovisco (*Daphne gnidium*), la retama blanca o "sándalo blanco" (*Osyris albo*) e incluso los estevales de flores grandes tan extrañas a los ambientes atlánticos como el *Cistus populifolius* y el *salvifolius* allá en las tierras calientes del Miño o en las orillas del Limia.

Como particularidad también hay que decir que en los valles más húmedos de clara influencia oceánica aparece el laurel portugués (*Prunus lusitana*), una reliquia de otros tiempos muy alejados y que llegó hasta nosotros de manera casi milagrosa. Cuando las tierras son más hondas y húmedas, con mayor abundancia de nutrientes, en suelos de tipo mesotrófico, estos robledales colinas de *Quercus robur* de las que estamos hablando acostumbra a enriquecerse notablemente con otras especies arbóreas presentando una notable diversidad, una formación donde es frecuente encontrar otras especies arbóreas como los



arces o "padreiros" (*Acer pseudoplatanus*), arraclanes o "alisos negros" (*Frangula alnus*), cerezos silvetres o "cerejeiras" (*Prunus avium*), olmos o "ulmeiras" (*Ulmus glabra*), castaños (*Castanea sativa*), abedules o "vidos" (*Betula celtiberica*) y sobre todo los avellanos (*Corylus avellana*). En el estrato herbáceo abundan muchas otras especies como *Carex remota*, *Helleborus foetidus*, *Veronica Montana*, *Lysimachia nemorum*, etc

Además de estos robledales típicos del piso colino que ocupan los fondos de los valles de menor altitud, zonas donde ya se detecta la sequía estival y la mediterraneidad climática, en esta área nuestra geográfica al norte del río Limia los robledales que dominan el territorio son fundamentalmente los robledales montanos pertenecientes a la asociación *Vaccinium myrtilli-Quercetum roboris*, donde algunos autores identifican también la presencia de la asociación *Holco mollis-Quercetum pyrenaica*. En efecto, en nuestro territorio, señaladamente en las encañadas incipientes donde nacen tantos y tantos arroyos, en el propio Planalto donde brotan las aguas que darán vida al río Laboreiro y al Trancoso, en las vertientes gallegas de la Serra do Leboeiro, en los nacientes de la Serra da Peneda, o en las inmediaciones del contorno de la villa de Castro Laboreiro, nos encontramos con los robledales o "carvalhais" montanos típicos de *Quercus robur* o "carvalho alba-

rinho", pero donde ya es frecuente la compañía del *Quercus pyrenaica* llamado rebollo o "carvalho negral", que irá progresando conforme subamos en altitud y vaya incrementándose la continentalidad.

Son bosques maduros, propios de áreas frías y montañosas como las nuestras, con una muy elevada pluviosidad, y dónde por eso abundan en los diferentes estratos elementos puros de tipo eurosiberiano como *Blechnum spicant*, *Hedera helix*, *Lonicera periclymenum*, *Anemone trifolia*, *Luzula sylvatica*, los acebos o "azevinhos" (*Ilex aquifolium*) y los mirtilos o "uvas-do-monte" (*Vaccinium myrtillus*) que dan nombre a esta asociación. Aunque la especie dominante sigue siendo el roble estamos, como ya se dijo, en un área geográfica fuertemente intervenida y humanizada, y como resultado de esa intervención secular y de la degradación de los bosques no es raro que las potenciales masas maduras de roble (*Quercus robur*) hayan degenerado en muchos casos hacia una rebollera nueva y casi pura de jóvenes rebollos o "carvalhos negrais" también llamados "cerquiños" (*Quercus pyrenaica*), que fueron y siguen siendo utilizados como leña para alimentar las lareiras y ahora las chimeneas de los montañeses.

Además de estas dos especies hay que reseñar, quizás porque sean los árboles que mejor

reflejan las duras y extremas condiciones de esta tierra, los abedules de *Betula celtiberica*, esas masas estrechas e itinerantes de arbolito menudos de alcornoque plateado y hojas acorazonadas que con tanta frecuencia invaden nuestro territorio haciendo alarde de eso que se llama plasticidad ecológica. Los vemos a menudo tanto en las área más sombrías como en las más soleadas, en suelos hondos y húmedos, incluso inundados temporalmente; los vemos a ras de los vallados, próximos a las tierras de prados y barrizales en el Planalto; siguiendo riegas y caminos itinerantes que se entrometen en aquellas montañas siempre con el sempiterno y próximo rumor de las aguas bravas explosionando. Y sobre todo los vemos siguiendo los barrancos y las encañadas más fondas y abrigosas por toda la bacía del Laboreiro, siempre al lado de las aguas en la búsqueda de los nacientes, porque son ellos los



últimos colonizadores de fama en el mundo vegetal cuando este remonta por las fisuras de la tierra hasta alturas aparentemente imposibles. Los expertos identifican en esta área nuestra a varios tipos de abedules o "vidoais":

Abedules altimontanos con capudre o "sorveira" (*Sorbus aucuparia*) que puede llevar también tejo, de área muy reducida, a altitudes óptimas de 1.100 metros, en áreas muy sombrías y húmedas, con presencia también de acebos y arándanos.

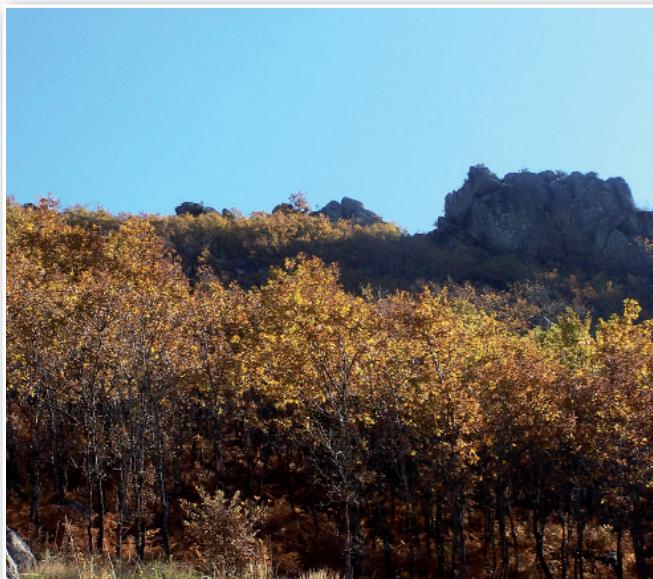
Abedules montanos de *Betula celtiberica*, los más abundantes y típicos de estas áreas montañosas de fuerte pluviosidad, como bosques secundarios de transición a los robledales de la asociación *Vacinio myrtilli-Quercetum roboris* y con presencia abundante de matorral en el estrato arbustivo además de helechos y zarzas.

Abedules edafo-higrófilos de *Betula celtiberica*, típicos arbolados ocupando las zonas más bajas, a lado de las cuestas, sobre suelos hondos y húmedos, con frecuencia encharcados, y donde es frecuente que vayan acompañados de sauces (*Salix atrocinerea*), arraclanes (*Frangula alnus*) y muchas hiedras.

Y también debemos destacar que en los bordes o claros de los robledales, en zonas húmedas y bajas, surgen arbolados mixtos con muchos avellanos, arces o "Padreiros" (*Acer*

pseudoplatanus) y también laureles, así como varias especies de helechos.

Por último y ya que estamos hablando de estos ríos que forjaron desde la antigüedad nuestros paisajes, encontramos siguiendo encañadas y arroyos, entrometidos por toda la intrincada geografía que nos acompaña, allí donde haya un mínimo de suelo y agua en abundancia, los bosques ribereños o "riparios", siempre a ras de las líneas de agua. Son bosques muy reducidos y limitados a esas dos bandas estrechas y paralelas a la línea de las aguas, en razón al fuerte empotramiento de los cursos, a la intensa erosión de las laderas e incluso al trabajo de los agricultores que llevan los campos hasta la misma margen.



En general estos bosques ribereños están dominados claramente por los abedules (*Betula celtiberica*) que van acompañados por sauces (*Salix atrocinerea*) allí donde las raíces están en contacto permanente con el agua y por otras especies en estratos inferiores como *Erica arborea*, *Carex elata*, *Oenanthe crocata*, *Luzula sylvatica* y *Osmunda regalis*.

Dependiendo de la altitud a la que nos encontremos y del rigor del clima surgirán otras especies pie de los ríos como los acebos o "azevinhos" en las partes más elevadas y frías o bien alisedas o "amiais" termófilos de *Alnus glutinosa* propios de las zonas bajas y acariadas, no lejos del Miño o del Limia, donde también aparecen los fresnos (*Fraxinus angustifolia*), laureles (*Laurus nobilis*) y cerezos silvestres (*Prunus avium*) junto con las abundosas hiedras; pero en general, como decimos, en todos este territorio elevado, desnudo y quebrado, la vegetación de ribera está claramente dominada por los abedules viviendo en íntima comunión con los sauces.

Aunque son masas alóctonas o foráneas, introducidas por su interés económico, el visitante encontrará algunos pinares en las zonas bajas de pino marítimo (*Pinus pinaster*) que tiene su hábitat originario en las áreas litorales, y también allá en los altos, por las empinadas que dan a las blandas de Gaveira, en el último tramo del valle encanas-

trado de A Peneda o cerca de la villa de Castro, verá otros pinares fuertemente castigados por los fuegos y doblados por los vientos airados de pino silvestre (*Pinus sylvestris*).



Estas son entonces las especies arbóreas más representativas de nuestra área, bien en masas puras o mezcladas entre ellas que es lo más normal. Siempre como ya dijimos con una presencia bastante limitada y cohibida, viviendo al amparo y cariño de las aguas y de la humedad de los estrechos valles que atraviesan el territorio, por la encañada del Laboreiro, del Peneda, del de A Veiga o del Trancoso; y poco más. Pero también es cierto que en esa rareza y escasa presencia, habiendo tanta variedad de especies, de ambientes y de formaciones o asociaciones adaptadas a ellos, reside gran parte de su interés.



MATOS Y FLORES

Ya dijimos que esta tierra no se distingue precisamente por la importancia y amplitud o señorío de sus bosques; y explicamos el porqué. Por el contrario es evidente que en cambio los matorrales, producto de la degradación y recesión de los bosques, consigan aquí una notoria importancia. Es lógico. En zonas como la nuestra, donde los macizos graníticos, el costillar de la Terra, emerge con tanta fuerza y potencia dejando con tanta frecuencia los huesos y los fundamentos del planeta a cielo abierto en áreas geográficas con tan abundantes precipitaciones, de lluvias fuertes y atronadoras que arrasan todo cuanto se ponga por delante, en tierra de arenas y áreas producto de la devastación de aquellos bloques graníticos, es lógico que el matorral sea en muchos casos la culmina-

ción del esfuerzo de la Naturaleza por colonizar la corteza de esta tierra, con más razón si por encima y durante una infinidad de siglos las gentes de esta tierra extendieron sus dominios, los de sus ganados y rebaños, por yermos, montes, arboledas y sierras, hasta donde humanamente se podía llegar en la conquista del territorio.

La formación más representativa en esta área dominada por los ambientes atlánticos con tan abundantes precipitaciones son sin duda las tojales, aunque que para crecer y progresar necesitan solo en cierto cantidad. Por esta razón e, independientemente de otros factores como la pendiente, exposición o altura, que sin duda afectan y terminan por fijar el hábitat y la distribución, de cada una de las especies, será el suelo, su abundancia, profundidad, estructura y textura, el elemento fundamental a tener en cuenta en un área tan sometida a los procesos erosivos del agua, a los fuegos y a su control por los moradores. Si hay algo de suelo encontraremos tojal atlánticas de tojo enano o "tojo molar" (*Ulex minor*) que van mezclados con otro de mayor tala y más espinoso que es el tojo arnal o "tojo común" (*Ulex europaea*), extendiéndose estos tojales ampliamente por las lomas y penillanuras de toda esta región mezclados con las carquesas (*Pterospartum tridentatum*), quiruelas (*Erica umbellata*), y el brezo ceniciento (*Erica cinerea*).

Si el suelo es hondo, con horizontes bien desarrollados, allá en los bajos, en las vegas menudas donde se refugian los moradores de este territorio durante los crudos invernadas, o mismo en las penillanuras y rellanos de la sierra donde los suelos aun disfrutan de suficiente potencia por la deposición de tantas tierras como han resbalado desde los altos, veremos qué aparecen en estas tierras hondas, orlando las aldeas, campos y tierras de labranza, las "giestas das serras" y también "giestas blancas" que ya son más raras (*Cytisus striatus*, *Cytisus scoparius* o *Cytisus multiflorus*), y vendrán unas u otras según sea la profundidad del suelo, la humedad y la insolación que reciban esos terrenos. Estas leguminosas van cubriendo huecos, claros o espacios abiertos entre bancales, fincas y heredades, siempre en suelos agradecidos, en zonas que durante mucho tiempo ocuparon los cultivos y que hoy van desapareciendo poco a poco con el abandono de la agricultura. En las zonas más calientes y termófilas, al lado del Limia o cerca del Miño, aparecen las jaras de *Cistus psilosepalus*, y también alguna rareza, un mato muy mediterráneo que cubre los vacíos de los extintos alcornoques: la aulaga de tres espinas o "ranha-lobo" que en latín llaman *Genista triacanthos*.

Todas ellas, todas estas leguminosas, fueron utilizadas para fertilizar las tierras por su capacidad para aportar nitrógeno, y también

para la cama del ganado y la generación de estiércol, e incluso para quemar en las lareiras.

Aún así, además de estas especies aprovechadas en la antigüedad, en las áreas donde el suelo escasea, en las fuertes cuestas, entre rocas de gran consistencia, que han sufrido además los efectos perniciosos de intensos pastoreos y grandes fuegos, en los lugares degradados y fuertemente erosionados, donde además y por el efecto de la altura comienza a extremarse el clima, las tierras se verán colonizadas por los brezos y matos de uz que sustituyen de manera inmediata a las formaciones tupidas de tojal-retamal. En nuestra área hay varias especies, todas pertenecientes a esa familia de las ericáceas: el brezo blanco o "urze branca" de gran tala que se esconde en los barrancos (*Erica arborea*) con flores como copitos de nieve; la quiruela o "queiró" (*Erica umbellata*) que frecuenta las tie-



rras bajas; el brezo ceniciento o "agostinha" (*Erica cinerea*) que es la más sacrificada y un agasajo de la naturaleza pues coloniza todo tipo de terrenos, incluso los más pobres y esqueléticos; el brezo nazareno, brezo rubio o "urze vermelha" (*Erica australis*) un brezo de alta tala que en la primavera incendia de púrpura las colinas y las protege de la mucha agua que cae en cascada de los cielos, y otros pequeños brezos higrofilos, que son amantes de humedales y páramos húmedos por donde se fuga el viento que viene de las cumbres pues gustan de suelos fondos fangosos, como la *Calluna vulgaris*, la *Erica tetralix* y la *Erica ciliaris*.

Según los botánicos estas asociaciones son típicas de las regiones de clara influencia atlántica como la nuestra, apareciendo especies de la clase *Calluno-Ulicetea* y de la orden *Erico-Ulicetalia*, en donde además de las especies citadas se encuentran carpazas o "sargaços" de *Halimium lasianthum* subespecie *alyssoides*, la dura carquesa (*Chamaespartium tridentatum*) baja y de hojas coriáceas para aguantar estoicamente todas las penalidades de la montaña, y otras como la litodora o "erva das sete sangrias" (*Lithodora prostrata*), varias gramíneas de la familia de las poáceas como *Agrostis curtisii*, y muchos helechos que pintan en otoño de granate las colinas de la especie *Pteridium aquilinum*.

Por estas laderas de media pendiente, en los últimos remotes hacia las cumbres de la sierra, o en las altas penillanuras como las que culminan los domos o en el propio Planalto, donde ya se detecta una mayor continentalidad por el efecto de la altura, encontramos otras especies como la hiniesta o "giesta piorneira" (*Genista florida*) y el codeso o "codeço" (*Adenocarpus complicatus*) que sustituye los retamales de *Cytisus*.



Muchas de estas especies ocupan tipos de hábitats que fueron declarados de interés comunitario o prioritarios para la conservación por la Directiva europea 92/43/CEE, de tal modo que para el conjunto de la actual Reserva Internacional de la Biosfera declarada en el

año 2009 y que incluye la bacía del río Laboreiro fueron detectados un total de 29 tipos de hábitats de los que 6 son considerados prioritarios.

Los mejor representados son las formaciones herbáceas naturales y seminaturales, las pseudoestepas de gramíneas anuales y las formaciones herbáceas de *Nardus* sp.. Pero quizás los hábitats más interesantes, de entre el conjunto de hábitats prioritarios y de interés comunitario, que topamos en el conjunto del territorio de la Reserva son las turberas que aparecen en el Planalto.

En efecto, las condiciones climáticas, edáficas y topográficas del Planalto del Laboreiro hacen de esta área un lugar ideal para el desarrollo de las turberas: una de las comunidades vegetales de mayor valor en el conjunto de patrimonio natural de toda esta gran área. La tan abundante precipitación, la presencia frecuente de nieblas perezosas y una tan llana morfología, facilitan un balance hídrico positivo de tan manera que el agua encharca con frecuencia grandes áreas del Planalto creando pequeñas lagunas que llaman "espejos de agua" o incluso "ojos de mar". En estas zonas la inundación casi permanente genera un ambiente muy especial caracterizado por la escasez de oxígeno y por la incompleta descomposición y mineralización

de la materia orgánica que allá se va apilando con el paso de los años y de los siglos. Todos estos factores son decisivos para la aparición de las turberas de musgos del género *Sphagnum* que tiene una gran capacidad para retener el agua y acidificar el medio así como de otras especies herbáceas de la familia de las *Cyperaceas*. En este ambiente tan exclusivo y extremo, de excepcional valor, considerado hábitat prioritario por la directiva europea (7110 * Turberas altas activas) aparecen como era de prever especies únicas y de gran interés botánico y ecológico como las plantas carnívoras del género *Drosera*, los juncos lanudos o "bola de algodao" (*Eriophorum angustifolium*), la árnica (*Arnica montana*) y el trébol de agua o "fava-de-agua" (*Menyanthes trifoliata*)



Coronando estas áreas tan singulares en franjas de transición hacia los matorrales secos aparecen los matorrales húmedos de brezos higrofilos que ya citamos y otras de interés

como orquídeas y campanillas (*Narcissus bulbocodium*), que entre todas ellas configuran el hábitat prioritario denominado "Uceiras húmedas atlánticas de *Erica ciliaris* y *Erica tetralix*" con el código 4020 * de la Directiva Hábitats.

Por último y en el remate de las tierras que llevamos visto, entre peñascales como castillos fabulosos, **en los últimos escalones del Leboeiro, en los picos fragosos de O Quinxo, en los domos de A Peneda o clavados en las hendiduras rocosas donde brotan los primeros manantiales, también nace y crece la vida en aquella aparente desolación, esos tesoros que habitan a ras del suelo, que son como quien dice las joyas de la corona real de estas sierras: hierbas de enamorar, narcisos, lirios ...; algunas de ellas especies únicas que nadie encontrará fuera de estos lugares**, vaya a donde quiera que vaya, y que en

latín reciben el nombre de *Armeria humillis* subsp. *humillis*, *Narcissus juresianus* y *Gallium belizianum*; y otras también preciosas por su



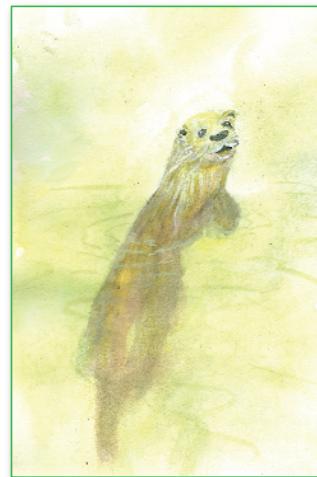
rareza y área tan restringida como el *Iris boisieri*, *Centaurea limbata subsp. Geresensis*, *Silene acutifolia* o *Eryngium juressianum*.

Y también hay otras merecedoras de una especial protección como *Woodwardia radicans*, *Salix repens*, *Spiraea hypericifolia ssp. abovata*, *Circaea lusitanica*, *Angelica laevis*. Otras de interés medicinal como el sanalotodo (*Hypericum androsaemum*), la melisa bastarda (*Melittis melissophyllum*) y el arándano o "uva-do-monte" (*Vaccinium myrtillus*). Todas ellas, en los matos, arbolados, turberas, pastizales o peñascales, conforman cerca de 100 comunidades vegetales con 807 especies diferentes, de las cuales 117 son edemismos ibéricos; todo un mundo por descubrir.

Vemos pues cómo, en contra de lo que en un principio había podido pensar el visitante, frente a la apariencia cruda y desnuda de estos paisajes, de áspera belleza, hay allá dentro, clavada en el corazón pétreo de los domos y de las intrincadas lomas, o en la gran llanura donde duermen desde milenios los hombres del Neolítico, una vida variada, esplendorosa y sorprendente, una biodiversidad inesperada que nos atiborra el alma de ilusión y de esperanza en la convivencia equilibrada entre el hombre y la Naturaleza.

IV.- FAUNA

Hay en esta tierra grandes silencios que crecen constantemente entre enormes peñascales, y vientos oceánicos que golpean las laderas de las montañas generando un millar de cascadas inolvidables. Hay ecos extraños que murmuran en los brezos de campanillas purpúreas, y sombras cerradas que se mueven en los bosques de robles y melojos, fogonazos pálidos entre madroños y mimosas que bajan al Limia y al Miño, reflejos esplendorosos en las hojas lustrosas de los acebos del río de A Peneda, un sol cernido entre las hojas frescas de los alisos, fresnos, sauces, saúco y alaternos del Trancoso y del Laboreiro. Y hay también movimiento a la sombra de alcornoques viejos de alcornoques antiquísimos que miran hacia Lindoso, de cerezos, serbales, nogales y sotos abandonados en las "Inverneiras" allá donde trabajaron con habilidad los hombres de la antigüedad. Para escuchar esos ecos debe acercarse el visitante despacio, para no perder el argot trepando y miedoso de la montaña desnuda; un descubrimiento.



Hay por aquí grandes mamíferos como las nutrias en casi todos los regatos de aguas prístinas que bajan rugiendo por las laderas que caen sobre el Laboreiro. Como los jabalíes tan deseados hoy en día en las batidas. Y también corzas que caminan silentes por las encañadas más cerradas y sombrías, y que fueron desde siempre la debilidad terrenal de los moradores de estas sierras aledañas.

Y también hay zorras y tejones, martas y comadrejas, gatos monteses y civetos que te miran sin percartarte con esos ojos grandes y acuosos desde la oscuridad de los robledales. Y llegaron no hace mucho las ardillas en un milagro de peregrinación que nadie entiende.

Y sobre todo aún hay por aquí parlamento de lobos en las noches alunadas, el gran mamífero carnívoros que hacía destrozos en las manadas de caballos y en las reses que apacentaban en las llanuras y en las lomas, el de las dos orejas que se mueve a trote incansable entre las uces que coronan las luces centelleantes de las aldeas. < Hai un cantar



de lobos que dá medo>, dijo un día un viejo guarda forestal cuando soltaron las primeras cabras montesas. Y si hay lobos también es verdad que se hacen esfuerzos para que vuelva a sobrevolar con majestad por estas tierras su natural competidor aéreo: las águilas reales, una silueta oscura disparada hacia abajo contra el cielo rojizo del ocaso. Y hay también muchas otras rapiñas que aún tocan las rannas altas de las cumbres de la sierra, como el cernícalo común, el azor, gavián y halcón, los aguiluchos pálidos y los cenizos de vuelo rasante sobre las uceiras y carquecía, y también águilas culebreras y abundantes ratoneros comunes. Hay por aquí pajarillos vistosos que nos alegran la vista en nuestros recorridos, y otros que son más raros y que escasean por el mundo adelante, y por eso son como tesoros de esta naturaleza, como la corneja o "gralha" de pico rojo, el biquituerto, el mirlo pelirrojo y azul, el alcaudón rojo, la escribenta amarilla y el halcón peregrino.

Y también hay un ulular de buhos y cárabos en las sombras, canto de aláudidas y páridos en las ramas soleadas, crepitar de millares de insectos, y en lo más alto, alla donde la tierra desposeída muestra su imponente osamenta frustrigada por los vientos de poniente, quizás llegue a divisar el viajero la silueta poderosa de la cabra montesa, señora de la sierra de nuevo con vosotros.

Y por suerte para los pescadores el Laboreiro aún guarda celoso, gracias a la alta calidad de sus aguas y al buen estado de conservación del ecosistema fluvial, su mayor tesoro: las truchas o “pintonas” de *Salmo trutta fario*, que son un regalo de esta Naturaleza.



En total se han detectado para el conjunto de la Reserva Internacional de la Biosfera en donde está inmerso

este territorio 268 especies de vertebrados: 204 están protegidas por las normativas nacionales e internacionales y 71 están incluidas en las listas rojas de las especies

amenazadas. De ellas 41 son mamíferos, 22 reptiles, 13 anfibios, 8 peces y 184 aves.



De entre todas estas especies destacan bien por su poderío o presencia, rareza, valor ecológico o importancia en el ecosistema las siguientes:

Mamíferos

Lobo (*Canis lupus*)

Corzo (*Capreolus capreolus*)

Cabra montesa (*Capra pyrenaica victoriae*)

Jabalí (*Sus scropha*)

Zorro (*Vulpes vulpes*)

Nutria (*Lutra lutra*)

Tejón (*Meles meles*)

Garduña (*Martes foina*)



Jineta (*Genetta genetta*)

Marta (*Martes martes*)

Comadreja (*Mustela nivalis*)

Turón (*Mustela putorius*)

Gato montés (*Felix sylvestris*)

Desmán ibérico (*Galemys pyrenaicus*)

Aves

Águila real (*Aquila chrysaetos*)

Milano real (*Milvus milvus*)

Halcón peregrino (*Falco peregrinus*)

Aguilucho cenizo (*Circus pygargus*)

Aguilucho pálido (*Circus cyaeus*)

Cernícalo vulgar (*Falco tinnunculus*)

Ratonero común (*Buteo buteo*)

Águila culebrera (*Circaetus gallicus*)

Azor (*Accipiter gentilis*)

Gavilán (*Accipiter nisus*)

Buho real (*Bubo bubo*)



Cárabo común (*Strix aluco*)

Chotacabras gris (*Caprimulgus europaeus*)

Pico picapinos (*Dendrocopos major*)

Piquituerto común (*Loxia curvirostra*)

Chova piquirroja (*Pyrrhocorax pyrrhocorax*)

Alcaudón dorsirrojo (*Lanius collurio*)

Roquero rojo (*Monticola saxatilis*)

Roquero solitario (*Monticola solitarius*)

Collaba gris (*Oenanthe oenanthe*)

Collaba rubia (*Oenanthe hispanica*)

Escribano cerillo (*Emberiza citrinella*)

Réptiles

Galápago europeo (*Emys orbicularis*)

Galápago leproso (*Mauremys leprosa*)

Salamanquesa común (*Tarentola mauritanica*)

Lución (*Anguis fragilis*)

Culebrilla ciega (*Blanus cinereus*)

Lagarto ocelado (*Lacerta lepida*)



Lagarto verdinegro (*Lacerta schreiberi*)

Lagartija gallega (*Podarcis bocagei*)

Lagartija ibérica (*Podarcis hispanica*)

Lagartija colilarga (*Psammodromus algirus*)

Eslizón ibérico (*Chalcides bedriagai*)

Eslizón tridáctilo ibérico (*Chalcides striatus*)

Culebra lisa europea (*Coronella austriaca*)

Culebra lisa meridional (*Coronella girondica*)

Culebra de escalera (*Elaphe scalaris*)

Culebra bastarda (*Malpolon monspessulanus*)

Culebra viperina (*Natrix maura*)

Culebra de collar (*Natrix natrix*)

Víbora hocicuda (*Vipera latastei*)

Víbora de Seoane (*Vipera seoanei*)

Anfibios

Salamandra rabilarga (*Salamandra-lusitânica*)

Salamandra común (*Salamandra salamandra*)

Tritón ibérico (*Triturus boscai*)

Tritón palmeado (*Triturus helveticus*)

Tritón jaspeado (*Triturus marmoratus*)

Sapo partero común (*Alytes obstetricans*)

Sapillo pintojo ibérico (*Discoglossus galganoi*)

Sapo de espuelas (*Pelobates cultripes*)

Sapo común (*Bufo bufo*)

Sapo corredor (*Bufo calamita*)

Ranita de San Antonio (*Hyla arborea*)

Rana ibérica (*Rana iberica*)

Rana verde común (*Rana perezi*)

Peixes

Trucha de río (*Salmo trutta fario*)

Anguila (*Anguilla anguilla*)

Barbo (*Barbus bocagei*)

Boga del Duero (*Chondrostoma duriensis*)

Bagre (*Squalius cephalus*)



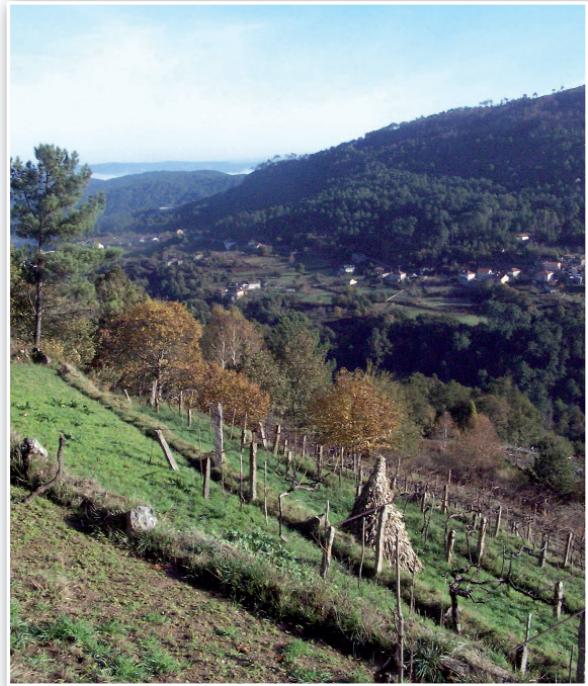
V.- LA GENTE

Hay también, entre tanta vida con frecuencia invisible, ancianos aminorados, arrayanos, olvidados, sembrados en la tierra, casi tan indetectables como esa fauna citada, que van clavados en los bancales en donde crecían en otros tiempos los terrenos plantados de vino verde, en las aldeas irredentas a caballo de las lomas, en los valles encanastrados horrorizados por la presencia imponente de las montañas de piedra desnuda, en las aldeas y blandas del Planalto en donde esperan con frecuencia las brumas, con la vista siempre esparcida hacia un horizonte indefinible y gris, que desborda las cimas de las montañas, y que va siempre, invariable, inevitablemente, de Galicia a Portugal y viceversa.

El poso o huella cultural que dejaron nuestras gentes en el Paisaje es indiscutible. Casi seguro que no existe un palmo de tierra galaica que fuese de algún modo y en algún tiempo pensada, medida, ordenada y trabajada.

Ya no existen bosques ni fragas primarias, porque incluso los arboledos más recónditos fueron algún día intervenidos, igual que tampoco existen cuevas primigenias. Ni siquiera

estos altos peñascos graníticos, con sus domos, castillos y “borraxeiros”, o los extensos yermos y pastos del planalto, quedaron libres de la mano y de la codicia de las gentes para atender sus necesidades más primarias. Este es el hecho cultural de estos paisajes, modelados, trabajados y aprovechados durante milenios, desde la más remota antigüedad.



Ese despertar de la conciencia colectiva que al final se resume y concreta únicamente en aquel mundo tan reducido, en aquel diminuto escenario que es nuestro valle del Cobas, del

Pacín, del Laboreiro, del arroyo de A Illa o del Trancoso, del que conocemos hasta el último rincón, hasta el último peñasco, hasta el último árbol o hilo de agua, con los cientos de nombres con los que los bautizaron las gentes de la antigüedad, y nace y crece entre nosotros la sensación de ser nosotros mismos el Paisaje. Sólo así se entienden los libros que se están publicando últimamente, de gentes formadas y capaces, que hace mucho abandonaron su aldea en ese camino sin retorno hacia las grandes urbes, que sintieron de repente la urgente necesidad de contarnos a todos y con todo lujo de detalles como era y como se desarrollaba aquel mundo suyo particular, tan pequeño, tan lleno de estrecheces, pero tan interesante. Como ese libro tan hermoso y entrañable de Alberto Pérez Adán, *Olelas na lembranza*, que escribió hace poco sobre su aldea natal, allá colgada en el aire, entre las torres de la Serra do Quinxo y las aguas cantarinas del



río Laboreiro, que marchan decididas hacia el río del olvido.

¿Que es si no aquel puñado de hombres y mujeres rezagados, de aquellos últimos lugares encanstrados en los valles glaciares o perdidos en la inmensidad del Planalto; en un laberinto de sierra y montes...? Gente precavida, dura y resistente, tan diferente de la gente que vive en los valles bajos y abiertos, lozanos y perfumados en donde se posan gravemente los grandes ríos.

Gente solitaria aconstumbrada a perseguir la fauna de gran alzada, de corzos, jabalíes, lobos y en otro tiempo incluso a los osos, por angostas quebradas y caminos de piedra que parecen llevar a ninguna parte. Gente acostumbrada a perderse con sus manadas y mastines de Castro Laboreiro, al igual que hace tres milenios, en la soledad de los grandes espacios abiertos en donde resopla el viento y explotan las nubes.

Un mundo elevado y silencioso, en donde las obras de los humanos, a penas un grupo de casas y cuatro agras al lado de los arroyos helados, desaparecen en la inconmesurabilidad

de la montaña con la misma facilidad con la que la nieve pinta de blanco tan soberbio escenario. Hasta que los arroyos asumen y acumulan todas cuantas aguas nacen en las brañas y comienzan su trabajo de zapa las tierras altas, hasta que todo se hunde precipitándose por las heridas de la tierra camino de los enormes fosos, de las fosas por las que viajan los grandes ríos: el Miño y el Limia.

Hace ya más de tres milenios que las gentes y los pueblos de la edad de piedra treparon por la raya de la frontera camino del fin de su mundo hasta estas altitudes máximas del Planalto, quizás buscando los pastos de primavera, de la caza abundante que sin duda recorría estos grandes espacios abiertos, y de las manadas de caballos libertos que llaman garranos, nuestro pequeño, rústico y resistente caballo gallego de monte. Sólo así se entiende el inmenso campo tumulario lleno de docenas de mámoas, algunas con grabados y pinturas que se extiende kilométrico por toda la línea fronteriza y que nos transporta a aquellos tiempos tan alejados, entre el Neolítico y el Calcolítico.

Fue siempre esta tierra un país pecuario, de pastizales, rebaños, chivanas y pastores; en donde durante milenios y hasta hoy mismo pastorearon las reses libres. Un mundo en el que la gente, abocada a vivir estrechamente en valles tan cerra-

dos y sombríos, fue conquistando paso a paso y con el paso de los siglos, metro a metro, hasta llegar a establecer un sistema de habitación y de aprovechamiento de la tierra único en Europa, un sistema que supuso incrementar notablemente la cabaña ganadera y la obtención de heno, patatas y pan de centeno para las gentes que vivían al lado del río Laboreiro, estamos hablando de la mudanza estacional entre blandas o veranadas e “inverneiras”.



Un suceso que sólo se da en la parroquia de Castro Laboreiro, si bien, a decir del etnógrafo gallego Xocas, en Galicia y por las laderas suaves de la Serra do Laboreiro también debió de existir algo semejante. Tenemos un buen ejemplo en las llamadas Cor-

tes da Carballeira, una blanda del lugar de Queguas, que pertenece al municipio gallego de Entrimo.

Para tener una idea aproximada de tan excepcional comportamiento recogemos unha preciosa y magnífica estampa que nos dejó en la segunda mitad del siglo XIX Alfredo Campos:

“En castro Laboreiro todo propietario, por muy diminuto que sea su patrimonio, tiene, como cualquier Lord inglés, dos viviendas: una de verano y otra de invierno.

El primer asentamiento está en algún lugar de Castro Laboreiro, y es en el en donde el montañés y su familia viven los nueve meses de las estaciones de primavera, verano y otoño; la segunda está situada hacia el lado de Os Arvos de Vale de Vez. Un valle profundo, denominado “As Inverneiras”, y es allí en donde pasa la estación rigurosa. Huye de esta forma de la aspereza del invierno, procurando ese clima más templado por la situación, días más amenos y temperatura más regular.

De este sistema de vida resulta que, sobre todo, en los meses de noviembre, diciembre y enero, el forastero que recorre los lugares de Castro Laboreiro, encontrará la mayor parte de las viviendas y propiedades cerradas y desiertas, pareciendo que aquella re-

gión fue abandonada por el efecto de cualquier fuerza superior.

La mudanza para las “inverneiras” se opera, poco más o menos, después de mediados de noviembre, y hay para esto un día determinado o combinado, porque en ese día es cuando todos emigran y dejan la montaña por el valle.



Yo asistí en Castro Laboreiro, punto forzado para el término de la “inverneiras”, al paso de la extensa caravana. Me parecía aquello un largo comboy de víveres y materiales en tiempo de guerra. Era un día nebuloso, y había anuncio de que una vez abiertas las cataratas del cielo, la lluvia sería abundante, copiosa y fría. Entonces, al romper la madru-

gada, comenzó a pasar la extensa fila de carros de bueyes criadores, vagos, monótonos, balanceándose según las depresiones del camino, conduciendo al mismo tiempo a familia, hombres, mujeres, niños, perros, gatos, gallinas, cajas de pan y jamón, en fin, todos los accesorios, indispensables para el establecimiento de la “inverneira”, de modo muy parecido al que practican muchas familias del Miño cuando parten hacia el mar, a uso de baños.

Era curioso y digno de ver aquel espectáculo tan original, que duraba desde la mañana hasta las dos o tres de la tarde. No sé por qué, pero todo aquello me producía una tristeza que yo atribuyo, sin duda, a la idea de que, teniendo que demorarme, iba a quedar solo en Castro Laboreiro, o por lo menos casi solo. En efecto, en mis excursiones posteriores a la partida para las “inverneiras”, tuve ocasión de reconocer no sólo cuanto tenía de natural mi sentimiento, sino también cuanto era de justificada aquella emigración de la montaña, a la que pocos podían resistirse por diferentes circunstancias.

Los poblados quedan desiertos, es cierto, parecen lugares por donde pasó un azote de arcángeles, poniendo todo a la fuga y dejando todo envuelto en un cielo de extrema

melancolía; pero el rigor del invierno, que nada deja hacer, la nieve que llega en ciertas ocasiones a tener altura de medio metro, el cierre de caminos, las dificultades en las comunicaciones, y otras circunstancias de igual peso y no menor grandeza, bien justifican la mudanza de aquellos montañeses que, en su mayor parte, ni vino prueban!

Hay poblados y lugares de veinte o veinticinco propietarios, en los que, como mucho sólo quedan tres, como vigilando o fiscalizando sus haberes y también los de los emigrados.

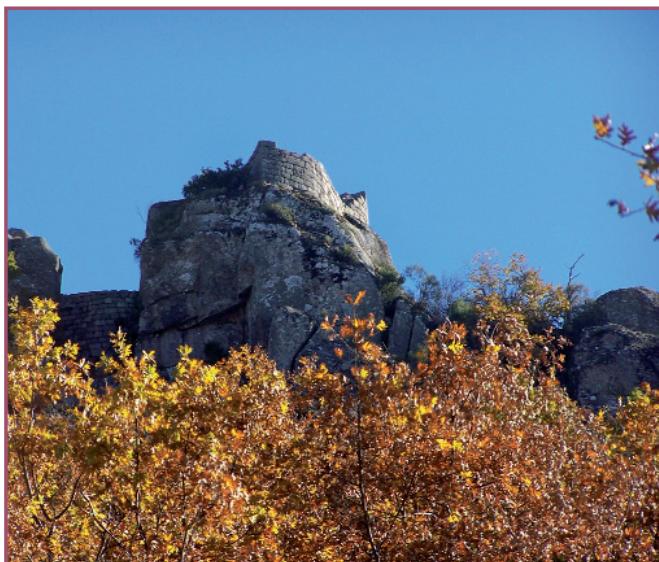
En estas ocasiones la gente recorre uno y otro y otro punto, sin encontrar ni una sola persona! Un desierto, con todo su color sombrío y su triste desolamiento! Parece que la vida humana, del mismo modo que la vida de la vegetación, se detiene, tornándose el cuadro tristemente impresionante.

Y mientras la nieve va cayendo en cada día, sobreponiendo camada sobre camada, el frío redobla la intensidad, los días se tornan diminutos, las noches más que largas, y en vez de los latidos de los perros que guardaban el ganado, de los píos de los pajarillos, de las voces más o menos alegres de la naturaleza, apenas se oye, de día, el estampido de las cascadas que descienden de la montaña en ondulaciones tortuosas e irregulares,

y de noche los aullidos de los lobos famélicos que se aventuran hasta la puerta de las cabañas, procurando así la pieza apetecida!"

(Revista ARRAIANOS. Num 7 enero 2008. Artículo José Domingues e Américo Rodrigues)

Fueron estas tierras, las del castillo "raioto" de Castro Laboreiro, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, del dominio directo de la abadía benedictina de Celanova fundada por San Rosendo, nacido en Santo Tirso, a pié del río Ave y no lejos de Porto en el año 907, cuando aún no había frontera ni visos de que se pudiese partir algún día el viejo convento bracarense de la provincia romana de la Gallaecia.



Al parecer el coto de Castro Laboreiro (Castro Laborario) ya había sido entregado por el rey asturiano Alfonso III El Magno en el año 895 al abuelo de San Rosendo, el virrey, noble y afamado guerreero Hermenegildo Gutierrez, por las muchas conquistas que hizo por Gallaecia abajo, llevando la frontera hasta el río Montego y conquistando por vez primera a los moros el burgo de Coimbra. La abadía, como heredera del coto, siempre defendió sus derechos de propiedad sobre los Montes do Laboreiro, aunque que como era de prever desde los tiempos de Afonso Henriquez y la creación del Reino de Portugal las dificultades para mantener la posesión fueron innumerables. Tanto es así que el primer rey, en sus ansias expansionistas hacia la Galicia de hoy llegó a conquistar el Castro Laboreiro en 1.136, donándolo a la abadesa del monasterio de San Salvador de Paderne en el ayuntamiento de Melgaço.

Finalmente y según consta en una copia de un documento firmado en Lisboa, el 24 de agosto de 1275, el monasterio de Celanova renunció a favor de la corona portuguesa "a todo el derecho que actualmente tiene, debiera tener o pretendiese tener" sobre el coto de Castro Laboreiro, acuerdo amistoso que le garantizaba como contrapartida la posesión pacífica del priorato de Monte Córdoba,

ubicado en el territorio luso de Santo Tirso y que mucho estimaban los frailes ya que allí había nacido San Rosendo.

A pesar de todos estos avatares, disputas, acuerdos y desacuerdos tan frecuentes en las zonas de frontera, imaginamos a los moradores de los montes del Laboreiro traspasando la “raia” durante siglos con una sonrisa en los labios y un saludo en la mano abierta. Porque por muchas y variadas razones, la frontera siempre fue para un montón de generaciones su tabla de salvación.

Buena prueba de esto son las letras que escribe el sargento mayor comandante de las ordenanzas de Amares, José Carlos de Sousa Azevedo de Barboza, dando cuenta en fecha del 12 de julio de 1808 al arzobispo de Braga, Don José da Costa Torre, presidente de la Junta Bracaerense, de los esfuerzos que se hacen para la defensa de las zonas de la frontera con Galicia durante la invasión francesa de 1807 a 1810 y de una breve descripción de este territorio para su defensa:

“...recuerdo a V. Exc. que la Casa de A Portela do Home, cuya guardia corresponde al sargento mayor de Terras de Bouro, se haya sin la precisa guarnición y tiene desmontadas dos piezas de artillería que allí están, en

lo que se debe precaver, no para defendernos de nuestros amigos y aliados gallegos, sino para advertir de que algunos enemigos desgarrados por nuestro reino o por el de Galicia hacen entrada por allí, encontrando dicho puesto sin ninguna guardia...”

Memoria: Análisis de los puestos y comunicaciones de esta Provincia con Galicia, tanto de las gargantas de los montes que van a la Ribeira do Miño como a A Limia, a lo que ayuda una discusión breve sobre la defensa relativa, designándose los caminos que debe seguir la tropa en caso de retirada. . . 3ª Castro Laboreiro. Desde la Entrada del Limia en Lindoso hasta la del Miño en Cristóbal hay un espacio de cuatro leguas por la dilatada Serra da Peneda, y a media distancia existe el concejo de Castro Laboreiro confinante con la frontera.

Existe una pequeña población asentada en la parte de aquella sierra. Junto a dicha población está el castillo sobre unha elevada roca, y era en otros tiempos guarnecido con cuatro piezas, pero nada vale, y no puede reputarse más que de una atalaya para descubrir las ondulaciones del terreno. Al naciente de la misma población hay una planicie llamada Chaos do Castro, en los confines de la cual pasa la demarcación por las aguas vertientes de la sierra. Para comunicarse con el interior de la provincia dispone de cinco caminos todos ellos montañosos. Uno va a Soajo por tres leguas de sierra,

es intransitable; otro mejor pero difícil va por Lamas de Mouro al ayuntamiento de Valladares en la dirección de Mónaco; otro va por el Couto de Fiaes para Melgaço, es de la misma naturaleza. El cuarto pasando por el sitio de A Porteliña y Alcobaza, desde A Ribeira de Varzea hasta Cristóbal pasando el río Trancoso un puente denominado Pousafoles. Es mejor que los precedentes, pero también muy incómodo. Y el quinto corre hacia el sur pasando por tierra de Galicia atraviesa el río Limia por debajo de Lobios y va, a lo largo del mismo río, a Lindoso.

Se observa que la naturaleza tiene sobradamente fortificado aquel intervalo de cuatro leguas mediante un montón de sierras, con todo para prevenir el robo de ganados que los enemigos pueden intentar, deben destacarse para allí patrullas de tropas que junto a las ordenanzas de Valladares y con los valientes habitantes formarán una defensa suficiente.

(En “Terras de Bouro – O Homem e a Serra” – 1992 – Cámara Municipal)

Es esta una tierra amiga, amable y cariñosa, refugio de un montón de gente de toda condición, que tuvieron que huir espantados por la furia fascista del franquismo:

<El fenómeno de los refugiados gallegos está en relación con los movimientos migratorios tradicionales entre Galicia y Portugal

que se remontan al siglo XIV. De hecho, los emigrantes gallegos fueron siempre mayoritarios en el conjunto de la emigración española a Portugal. Esos procesos migratorios seculares respondían a razones laborales y militares. La precaria situación económica gallega y la deserción o fuga del ejército habían provocado el paso de gallegos al otro lado de la frontera. Estos circuitos migratorios tradicionales fueron usados por los emigrados políticos de la guerra civil. Muchos de estos incluso se incorporaron como emigrados «de sustitución» para ocupar los puestos que los portugueses habían dejado una vez que habían emigrado preferentemente a Brasil. Por tanto, los refugiados de la guerra civil escogieron una opción que cultural, psicológica y socioeconómicamente estaba presente en las generaciones precedentes de gallegos. Todo esto explica la importancia estratégica que alcanzó la frontera luso-gallega durante esos años.

Los refugiados entraron en Portugal aprovechándose de una estructura estable de rutas de paso, que como apunta Domínguez se remonta al siglo XII. Había decenas de lugares de paso en la frontera entre ambos territorios que eran usados con normalidad por los habitantes de un espacio geográfico que compartía, como ya sabemos, relaciones comerciales, socioculturales e identitarias. No cabe duda que el conocimiento directo e

indirecto de estos pasos de frontera o de estas rutas de paso debió de influir en la decisión que tomaron muchos huidos para escoger Portugal como lugar de 'protección' (de la violencia franquista) o muchos emigrantes clandestinos que lo adoptaron como lugar de 'vida' (que escapaban de la miseria económica, de la falta de trabajo o de la movilización militar).

El paso a Portugal fue más habitual durante la aplicación de los bandos de guerra desde el 17 de julio de 1936 a febrero de 1937... Con el periodo de represión institucionalizada a través de los consejos de guerra sumarísima, entre marzo de 1937 y 1945, siguieron saliendo refugiados a Portugal... Los vencedores de la guerra solo dejaron de matar hacia 1943.

El rápido control de Galicia por los golpistas favoreció su conversión en retaguardia una vez que se aplicó una violencia máxima contra los enemigos de las nuevas autoridades. El miedo a esa violencia empujó a muchos a refugiarse en Portugal, aunque este territorio se presentase también como hostil. Lo hicieron al compás de las formas represivas que funcionaron en la España franquista, al hilo de la publicación de los diversos bandos de guerra, que castigaban las acciones de resistencia al golpe militar realizada por las organizaciones republicanas y de izquierda.

La condición de «comunista» de los refugiados fue un serio problema para mantenerse en Portugal a causa de la fobia «antivermelha» del régimen salazarista. Cuando eran detenidos, los refugiados prefirieron declararse «no políticos» con la intención de descargarse de esa histeria anticomunista. Los contactos surgidos a partir de las redes de sociabilidad de los refugiados favorecieron la obtención de protección y de documentación en Portugal.

El número de refugiados creció exponencialmente hasta el inicio del otoño de 1936. Tal vez, debamos pensar en una cifra por encima de los 3.000 hacia esa altura. Con la salida del barco Nyassa en octubre de ese año marcharon la mitad, así que todavía una cifra significativa permaneció en el país en situación de completa ilegalidad y ya sin la posibilidad de huir «protegidos» por las instituciones del gobierno de Madrid. La cifra de gallegos detenidos entre 1936 y 1950 se eleva a 500, en muchos casos son refugiados, en otros emigrados asociados a esa condición. La mayoría de esos detenidos eran hombres de clases humildes o medibaja. Ese perfil sociocultural coincide también con los datos de los represaliados gallegos. Esos datos coinciden también con la lógica de los movimientos migratorios del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX.

En el primer semestre de guerra civil, en una freguesía del ayuntamiento de Melgaço, la de Castro Laboreiro, alcanzó, según estimaciones procedentes de testimonios locales, una cifra no siempre estable entre 400 y 800 personas. La cifra debió convertirse en una preocupación, especialmente para los falangistas de la zona que conocían a la perfección el territorio y mantenían vínculos de intimidad con muchas familias de los refugiados. Esa preocupación se extendió a las fuerzas de orden portuguesas, sobre todo a la PVDE. Un informe del Comando Militar de Beja señalaba que las tropas españolas que llevaban a cabo operaciones de limpieza no tenían “una actividad satisfactoria”, ya que su acción no resultaba continua y persistente, sino que se conducía por periodos de varios días, con lo que los refugiados podían moverse y cambiar de sitio. El informe continuaba criticando los pocos efectivos y la escasa eficiencia de tales grupos. En su mayoría eran falangistas y carabineros de cierta edad, que carecían de la resistencia y preparación para llevar a cabo tal función, que acostumbraban a iniciar tarde las batidas en virtud del clima, de la ausencia de caballos y del miedo a los enfrentamientos con los refugiados armados.>

(En “LA CONDICIÓN DE REFUGIADOS: GALLEGOS EN PORTUGAL DURANTE LA GUE-

RRRA CIVIL Y LA POSGUERRA”; Ángel Rodríguez Gallardo

Universidad de Vigo/CEIS20, Universidade de Coimbra)

Y así, a trancas y barrancas, a caballo de estas montañas, de uno y de otro lado de la frontera, han ido viviendo estos arraianos, espantosamente sangrados por la lacra de la emigración. En un tiempo en que el contrabando era el pan nuestro de cada día, la salvaguarda de tantas y tantas familias intentando huir del hambre y la miseria...



MELGAÇO—S. Gregório.

*El contrabando, así como la emigración ilegal, se coloca al margen del intercambio económico basado en el contrato de trabajo, en el cual el empleado aporta su fuerza de trabajo y su tiempo. Pero el contrabando era efectuado no a tiempo completo y sus horarios de trabajo eran inexistentes. Un contrabandista trabajando por cuenta de otro era, sobre todo, un jornalero ilegal. **Sús relaciones-sus contratos sociales-, se desarrollaban en un ámbito de sociedad a la que pertenecían. Pero en el mundo doméstico, familiar, las relaciones humanas se apoyaban en nociones tales como el afecto, la lealtad, la amistad, en detrimento de las nociones de obligación laboral**".*

*Si para el poder central el fenómeno del contrabando constituyó unha fuga de capital (y por lo tanto un desvío social y político), **para quien practicaba esta actividad era vista de modo natural, teniendo en cuenta los graves condicionantes económicos.***

En un estado totalitario, en donde todos los compartamientos se pretenden controlados, es natural que el desvío sea la norma, por más contradictorio que esto pueda parecer.

El desvío se manifiesta a través de la censura y de la represión. Esta última expresa la reacción de la sociedad en relación a todo cuanto aparenta ser inexplicable, una vez que los fenómenos "desviantes" del contra-

bando y de la emigración se manifiestan de forma contradictoria hacia la utopía dominante.

***En un país en que la familia era uno de los pilares, los varones, los machos, la fuerza de trabajo saltaban para el otro lado, para el lado de la democracia y del estado providencia, es decir, para el lado de una subsistencia digna**".*

((De: Emigração e contrabando. Joaquim de Castro. Melgaço. 2003)

Xosé Benito Reza
12 de Diciembre 2011

